

# Estudios Afrocolombianos: lecturas esenciales

Tomo IV. Género y violencias:  
nuevas narrativas

Aurora Vergara Figueroa

Angélica María Sánchez Barona

Alejandro de la Fuente

(EDITORES ACADÉMICOS)





*Drexcija*. Astrid González. 2024. Afroficción. Imagen fija. Imágenes cortesía de la artista

# Estudios Afrocolombianos: lecturas esenciales

Tomo IV. Género y violencias:  
nuevas narrativas

**Aurora Vergara Figueroa**  
**Angélica María Sánchez Barona**  
**Alejandro de la Fuente**  
(EDITORES ACADÉMICOS)

**Género y violencias: nuevas narrativas. Estudios Afrocolombianos: lecturas esenciales (tomo IV)**

© Aurora Vergara-Figueroa, Angélica María Sánchez Barona, Alejandro de la Fuente (editores académicos) y varios autores

Cali, Universidad Icesi, 2025

211 pp.: 17x23cm

Incluye referencias bibliográficas

**ISBN (Tomo IV):** 978-628-7814-08-0

**ISBN (Obra completa):** 978-628-7814-00-4

**DOI:** <https://doi.org/10.18046/EUI/eale.4>

**Palabras clave:** 1. Estudios Afrocolombianos 2. Ciencias Sociales 3. Estudios de Género

4. Estudios Afrolatinoamericanos

**Código Dewey:** 305.8

---

**© Universidad Icesi**

Facultad de Ciencias Humanas

Primera edición / Abril 2025

**Rector**

Esteban Piedrahita Uribe

**Director académico**

José Hernando Bahamón Lozano

**Decano de la Facultad de Ciencias Humanas**

Jerónimo Botero Marino

**Director del Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF)**

Yoseth Ariza-Araújo

**Coordinador Editorial Universidad Icesi**

Adolfo A. Abadía

**Gestora Editorial CEAF**

Verónica Lozada Gallego

**Obras de portada**

Serie «Recolectores» (2022), de Fabián Paz

**Diseño y diagramación**

Natalia Ayala Pacini

(estudiocasual.co)

**Corrección de estilo**

Verónica Lozada Gallego

Karime Ríos Piedrahita

**Revisión de textos**

Verónica Lozada Gallego

Dayani M. Zapata Mina

**Editorial Universidad Icesi**

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334

E-mail: [editorial@icesi.edu.co](mailto:editorial@icesi.edu.co)

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

---

**Publicado en Colombia – Published in Colombia**

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por las autoras/autores. El contenido publicado es responsabilidad exclusiva de las autoras/autores, no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido y se cite la fuente institucional.

---

**Citación sugerida:** Vergara-Figueroa, A., Sánchez Barona, A., & de la Fuente, A. (Eds.). (2025). *Género y violencias: nuevas narrativas. Estudios Afrocolombianos: lecturas esenciales* (tomo IV). Centro de Estudios Afrodiaspóricos, Editorial Universidad Icesi. DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/eale.4>

---

# Apuntes para pensar la guerra en Colombia desde una perspectiva anticolonial\*

**Alejandra Londoño Bustamante**

UNIVERSIDAD DEUSTO

---

\* Este capítulo hace parte del desarrollo teórico de la investigación doctoral que me encuentro realizando y a través de la cual analizo el lugar de la educación histórica y de la enseñanza del pasado de violencias coloniales racistas, sexistas y clasistas presentes en la guerra contemporánea en Colombia. Agradezco en este proceso, el apoyo de mi directora de tesis Ángela Bermúdez. Las revisiones de la maestra y cómplice Ochy Curiel, las revisiones siempre cuidadosas de la Tere Garzón, a mis ancestras y ancestros que de la mano de Elegguá son mis abridores de caminos y a todas las comadres, compinches, hermanas y amadas con quienes lucho, conspiro ideas y camino la vida.



**M**ientras escribo este capítulo comienza la guerra en Ucrania. Es marzo de 2022. Por razones académicas acabo de llegar a vivir a Europa desde donde esta nueva tragedia se siente bastante cercana. A las imágenes de bombardeos, de cientos de personas ucranianas dejando sus casas, de los ataques a los corredores humanitarios y a las noticias de la inminente crisis económica se unen reportajes que han circulado tanto por redes sociales como por medios de comunicación masiva a través de los cuales se escuchan las voces de quienes no pueden subir a los trenes para salir de Ucrania. Se trata, principalmente, de personas de diferentes países africanos residentes en Ucrania quienes se enfrentan a ucranianos blancos buscando la posibilidad de ser evacuados<sup>1</sup>. También, en otros videos pueden apreciarse entrevistas a distintas personas quienes se encuentran alertadas por el color de las víctimas de esta guerra: «son niños blancos, no son los niños negros que estamos acostumbrados a ver en las guerras»<sup>2</sup>.

Estos hechos, sumado a las medidas tomadas por España<sup>3</sup> para agilizar los trámites y recibir a las personas ucranianas blancas, mientras se siguen haciendo «devoluciones en caliente» en las fronteras con el continente africano y se aplazan los trámites «migratorios» de miles de personas negras que han esperado por años una respuesta, me llevaron una vez más a preguntarme por la vigencia de un sistema colonial que ordena relaciones globales desde el siglo XVI hasta nuestros días y el cual se expresa con sevicia en contextos de confrontaciones armadas.

---

1. Un ejemplo de esto puede verse en el portal Independent en español, (Nadine White, 21 de marzo de 2022) <https://bit.ly/41bVv8t>

2. Video Piensa Prensa, (28 de febrero de 2022), <https://bit.ly/43eYG19>

3. Nombro a España porque es el país en el que me encuentro viviendo y por tanto en donde puedo presenciar día tras día y por diferentes medios el asunto al que me refiero.

En Colombia sabemos de esto, y aunque la distancia geográfica con España y el hecho de seamos un país que fue colonizado por esta metrópoli mientras ellos fueron la colonia marca profundas diferencias, lo cierto es que, los pueblos africanos negros y sus diásporas en el mundo hoy, representamos el hilo que conecta una historia planetaria o de lo universal como ya fue planteado por Achille Mbembe (2016) no solo por el cimarronaje histórico<sup>4</sup> que hoy pareciera hacer parte de lo común, sino además por las violencias impuestas por la vigente dominación colonial. En otras palabras, el mundo afrodiaspórico es hoy una red de experiencias, saberes, luchas políticas, estéticas y subjetividades que dan forma a sociedades, pueblos y culturas en el mundo entero. No se trata de una «minoría» o de una experiencia local/particular, se trata de un universo de sentidos que se conecta a través de las historias de cimarronaje, lucha y resistencia pero además que tiene como hilo común la dominación y la violencia colonial, aun cuando ésta se exprese a través de diferentes repertorios de acuerdo a los múltiples contextos. Visto así, el episodio de la guerra en Ucrania, que narro para iniciar este capítulo, es un acontecimiento puntual en relación con una cadena de hechos históricos coloniales que día tras día se expresan sobre las vidas de las gentes negras, afrodescendientes, afrodiaspóricas y de otros pueblos no-blancos.

---

4. La noción reivindicativa y dignificante de cimarronaje es ancestral y ha sido definida desde múltiples lugares. Retomo la elaboración reciente de Agustín Lao Montes para lo que aquí busco expresar: «Consideramos el cimarronaje como una fuente principal y un elemento central en el movimiento abolicionista, pero también como un fenómeno con pertenencia propia que trasciende al abolicionismo. Las cimarronas y cimarrones crearon comunidades propias en relativa externalidad a los regímenes coloniales esclavistas, que podemos interpretar como los primeros territorios libres de Nuestra Afroamérica, cuyas racionalidades africanas y afroamericanas le dieron el potencial de concebir formas de comunidad política distintas a la forma-nación de corte occidental. En esa misma tonalidad, entendemos el cimarronaje como hecho histórico y recurso político de liberación y pensamiento crítico en clave de africanía [...] El sustantivo cimarrón y el verbo cimarronear se usan a menudo en el lenguaje cotidiano para significar las prácticas de resistencia y autoafirmación por parte de los pueblos afrodescendientes. [...] El debate sobre el valor histórico, lingüístico, político y epistémico de cimarronaje, quilombismo o marronage ha estado con nosotros al menos desde la década de 1940. Algunos de sus principales autores son Césaire (1939), Glissant (1997, 2013), Do Nascimento (1980), Lorde (1983)» (Laó-Montes, 2020, pp. 471-472).

En Colombia hemos vivido una larga, compleja y aún vigente disputa armada que ha dejado a 9.263.826 como víctimas entre 1985 y 2022, según lo reporta el Registro Único de Víctimas (RUV, 2022). En esta experiencia las voces de personas negras afrodescendientes<sup>5</sup> víctimas de la guerra<sup>6</sup> en territorios como la región del Pacífico, la región Caribe o en territorios andinos como el Norte del Cauca o zonas del nordeste antioqueño, han sido determinantes para comprender que la guerra implica violencias coloniales y que estas no son *cosa del pasado*, por el contrario, hacen parte constitutiva de las violencias que se viven en el tiempo presente. Así lo relató una mujer negra ante la Comisión de la Verdad<sup>7</sup>:

5. En este capítulo hablaré de personas negras afrodescendientes o de mujeres negras afrodescendientes para referirme a la diáspora descendiente de personas de diferentes orígenes africanos que fueron esclavizadas y trasladadas hasta lo que hoy conocemos como «América» durante el genocidio colonial perpetuado por la monarquía española, para este caso. Se habla de personas negras afrodescendientes para hacer alusión al pueblo negro, afrodescendiente, raizal y palenquero en Colombia, reconociendo las diferencias identitarias, políticas, sociales, las múltiples tonalidades de color de piel y los diferentes espacios rurales y urbanos que hemos habitado a lo largo y ancho del territorio nacional. En las referencias bibliográficas respetaré el uso de otros modos de nombrar a las personas negras afrodescendientes.

6. En Colombia existe un largo debate en torno a las nociones de guerra y conflicto armado para hablar de la disputa violeta que este país ha vivido por más de seis décadas. No me adentraré en esta discusión. No obstante, es importante mencionar que he optado por la noción guerra la cual entiendo como un conflicto armado de máxima intensidad y para lo cual tengo en cuenta los siguientes criterios: 1). Magnitud de las víctimas y de las victimizaciones; 2). Impactos sostenidos en el tiempo sobre pueblos, comunidades; 3). Confluencia de violencias políticas y violencias comunes incluyendo formas de crimen organizado y no solo confrontación entre las fuerzas armadas del Estado, los grupos paramilitares de derecha y grupos guerrilleros, es decir, supera una disputa ideologizada entre bandos de izquierda y derecha; 4). Ha sido una disputa que desde sus inicios ha tenido injerencia de otros países como por ejemplo los apoyos brindados por Estados Unidos a través del Plan Colombia o la instalación de siete bases militares estadounidenses en territorio colombiano; 5). Implica interacciones estratégicas en los ámbitos nacional, regional y local; 6). Finalmente, el sentido de la palabra guerra da una magnitud más cercana a lo que hemos vivido como país, no es una palabra que encubra, en esa medida también es una decisión política hablar de guerra con todo lo que ello implica.

7. Los capítulos de mujeres y personas lgbtq+, así como el capítulo de pueblos étnicos y los casos sobre violencias hacia mujeres negras y sobre resistencias de las mujeres negras entregados por

Me dijo: [...] «Tú me le vas a desfilas a todo ese poco de hombres que tengo aquí». Y después: «Para que no te olvides de mí, te voy a hacer una marca». «¿Una marca? ¿Cómo?». Yo sí veía la varilla en el fogón, pero no imaginé que me iba a marcar, hasta que un muchacho me hizo dar la vuelta. Me agarró y me dio la vuelta, y me la pegó aquí. Y yo: «¡Ay!». Me marcó como si fuera su propiedad. Como se marca al ganado. No me acuerdo de más nada, porque me quemó y me desmayé. [...] Eso lo tengo como aquí. No lo he podido olvidar. Yo creo que ellos me hicieron eso porque era negra. Él me marcó porque era negra y me marcó como a una esclava. En la época de la esclavitud marcaban a las mujeres negras. Así fue como me marcaron a mí las Autodefensas». (CEV, 2022b; p. 56)

En esta vía y de acuerdo con las cifras oficiales del RUV se reporta que entre 1985 y 2022 el 47 % de los hombres del pueblo negro, afrodescendiente han sido víctimas de la guerra; el 52 % de las mujeres y el 0,1 % de personas disidentes sexuales o LGBTI<sup>8</sup>.

Bajo ese tenor, aunque no puedo describir lo que siento frente a las noticias de una nueva guerra en el mundo, y especialmente, sobre los modos en los que una vez más reaparecen violencias racistas, sexistas y clasistas que me son bastante familiares en el contexto colombiano, puedo afirmar que lo visto en las últimas semanas, trenzado con mi experiencia vital, me lleva a reafirmar tres ideas que serán centrales en este capítulo: 1) las guerras se alimentan de relaciones de poder que son históricas y constitutivas de procesos de diferenciación de la población humana por «raza», sexo, género, clase, entre otras, que tienen como efecto la generación de jerarquías y clasificaciones sociales,

---

la \*en Colombia será de gran relevancia para avanzar en los debates propuestos desde este texto, no obstante, el informe fue publicado recientemente y por esta razón las alusiones que se hacen al mismo son puntuales y responden a la información revisada a la fecha.

8. Elaboración propia a partir de datos del Registro Único de Víctimas. 31 de octubre de 2022; consultado: 13 de noviembre de 2022.

culturales, políticas y económicas<sup>9</sup>; 2) las discriminaciones, segregaciones y exclusiones racistas, sexuales, de género y de clase, entre otras, que se materializan en la vida cotidiana alimentan y definen los repertorios de las diversas violencias presentes en las guerras; 3) es necesario abordar una perspectiva anticolonial de las guerras que permita analizar las relaciones de poder de larga duración que aporte tanto a la comprensión como a la superación de estas.

En el presente capítulo, guiada por estas tres ideas clave y en pro de abonar al debate una contranarrativa anticolonial sobre la guerra en Colombia, hago énfasis en la necesidad de historizar las violencias de larga duración coloniales cuyos engranajes operan a través de la diferenciación de «raza», clase, sexo y género. Lo anticolonial en este contexto se trata de un proyecto político presente tanto en escenarios de movilización y lucha, como en la producción de saberes y conocimientos fuera y dentro de la academia. Refiere además a espacios de confluencia histórica entre «pueblos subalternizados» desde una perspectiva teórico-política que supera fragmentaciones o compartimentaciones propias de la imposición colonial y de sus permanencias en el tiempo, en palabras de Fanon (2018):

El mundo colonial es un mundo de compartimentos. Sin duda resulta superfluo, en el plano de la descripción, recordar la existencia de ciudades indígenas y ciudades europeas, de escuelas para indígenas y escuelas para europeos, así como es superfluo recordar el *apartheid* en Sudáfrica. No obstante, si penetramos en la intimidad de esa separación en compartimentos, podremos al menos poner en evidencia algunas de las líneas de fuerza que presupone. Este enfoque del mundo colonial, de su distribución, de su disposición geográfica va a permitirnos delimitar los ángulos desde los cuales se reorganizará la sociedad descolonizada. (p. 4)

---

9. En adelante, cuando en este capítulo hablo del sistema de opresión y dominación por «raza», sexo, género, la clase reconozco la complejidad de las estructuras coloniales que le dan sustento y que incluyen siempre otros engranajes como la edad. Sin embargo, opto por priorizar estos tres engranajes, pues son los que operan de manera más determinada en el caso del pueblo negro afrodescendiente.

En un artículo anterior, siguiendo a Fanon, pero además apoyándome en autores y autoras pioneras de este debate (Said, 1990; Césaire, 2006; Bhabha, 2007; Cumes, 2012) he explicado lo anticolonial como sigue:

Si el colonialismo nos define desintegradas, fragmentadas, sin historia, contadas desde el «punto cero colonial», aquel que narra nuestras existencias a partir del genocidio que la hegemonía occidental ha denominado como «conquista» o «encuentro de mundos», entonces quizás debería empezar por decir que un proyecto anticolonial es, ante todo, una lucha que desde esos fragmentos refunda nuevas formas de pensarnos colectivamente, hilando miradas en torno a las historias que nos han dado forma y convocando a la reinención de la utopía que vivimos desde diversos lugares. Lo anticolonial es una convocatoria irrenunciable, nos vuelve a convertir en un universo de sentidos múltiples y complejos que luchan entre sí, porque han sido fundados en relaciones de poder opresivas. [...] Una perspectiva anticolonial nos convoca, igualmente, a romper con el universo mórbido que produce la psiquis colonial, al igual que eliminar el complejo de culpabilidad de habitar nuestras pieles, nuestros lugares, nuestras vidas. (Londoño, 2021, p. 66)

Mi intención es, en suma, ofrecer un aporte a este debate con reflexiones generales e introductorias gracias a las cuales se pueda observar cómo algunos autores y autoras seleccionadas han historizado, narrado y asociado la guerra a preguntas en torno a la larga duración colonial apostando no solo a la comprensión del pasado, sino también a la superación de violencias históricas que siguen vigentes y que han sido ocultadas y silenciadas en relaciones de poder racistas, clasistas y sexistas<sup>10</sup>. Para ello, desde estos primeros apuntes para

---

10. Es importante señalar que cuando hablo de «raza» y de racismo me estoy refiriendo específicamente al racismo «antinegro». Así mismo, aunque enuncio las violencias por «clase» este vector del poder no es analizado en este capítulo. El análisis del mismo hace parte de un proceso de investigación más largo en el que me encuentro vinculada actualmente.

pensar la guerra, ofrezco un horizonte de sentido que incluye la pregunta por las condiciones que desencadenaron la guerra contemporánea en Colombia, las reflexiones en torno a la larga duración de las violencias y análisis asociados a la persistencia de la violencia en el país desde referentes clave que vienen de los campos de la historiografía de la violencia, los estudios de mujeres, feministas y de género y la teoría crítica de «raza» y la etnicidad. En la segunda parte del capítulo, doy cuenta de algunos de los trabajos en los cuales se han realizado análisis interseccionales, imbricados desde la matriz de opresión para el análisis de las violencias en el contexto de la guerra. En la tercera parte, bordo algunas puntadas en torno a elementos que considero necesarios tener presente en la tarea de construir una historia anticolonial de la guerra en Colombia. Por último, reseño algunas ideas para mantener abierto el debate.

Para concluir este punto de partida, quiero mencionar que escribir sobre la guerra en Colombia no fue una elección, es una irrenunciable necesidad que fue haciéndose un espacio en mi vida. La violencia no apasiona mis letras. No estoy interesada en las rimbombantes disertaciones explicativas de los que nos ha pasado en los últimos sesenta años. Sin lugar a duda quisiera que fuera otra la historia para contar, que fuera otra nuestra historia, pero como bien sabemos no hay espacio para el «hubiera» cuando de la dominación y del transcurrir del tiempo se trata. Así que afronto lo que vivimos y hago preguntas activadoras desde una conciencia política anticolonial que supere la imposición de márgenes de tiempos estrechos<sup>11</sup> y la mirada fragmentada y sectorial<sup>12</sup> de lo

---

11. El debate en torno a la temporalidad será abordado brevemente más adelante. En este punto es importante que enuncie que, en mi experiencia laboral y de sobrevivencia en el Centro Nacional de Memoria Histórica —CNMH— y en la Comisión de la Verdad —CEV— se hizo imprescindible la pregunta por los márgenes de tiempo estrechos a través de los cuales se construyen las explicaciones sobre la guerra en Colombia los cuales responden a un mandato institucional que determina que 1958 es el punto de partida de la confrontación armada que vivimos, si bien, esto ayuda a explicar un momento específico de la historia, en muchas narrativas termina borrando la posibilidad de pensar que a 1958 les, las y los colombianos llegamos como una historia que aportó y que también dio forma a lo que hoy vivimos.

12. Desde mucho tiempo Franz Fanon (1961) advertía que uno de los efectos de lo colonial es que fragmenta o en sus palabras que compartimenta la totalidad de lo que somos los pueblos

que nos ha pasado como pueblos. Una lectura que, sin aplanar la interpretación de la historia, reconozca cambios, discontinuidades y continuidades de las violencias coloniales y que nos ayude a pensar activamente en lo que el pasado le hace a ese futuro que hoy habitamos y que podemos transformar.

## 1 PRIMEROS APUNTES: HISTORIZANDO LA GUERRA EN COLOMBIA

Para ir cimentando un análisis histórico anticolonial de la guerra, en el cual se integre miradas sobre las estructuras de poder y dominación racistas y sexistas<sup>13</sup>, es preciso abandonar la búsqueda de una *génesis* u origen único, unilineal y unicausal de la historia de la guerra en Colombia, más bien se trata de la posibilidad de amplificar la mirada, pasarla por otros sentidos, ponernos nuevos lentes y desde allí realizar preguntas sobre lo que por siglos se ha encu-

---

colonizados o que hemos sido colonizados. Esto, que con tanta lucidez Fanón desarrolla en el capítulo La Violencia de *Los condenados de la tierra*, se alimenta además de los engranajes del neoliberalismo social que incursiona con fuerza a países como Colombia en los años noventa y lo cual arraiga no solo políticas de la identidad esenciales —que no son lo mismo que las identidades políticas— sino además unos bosquejos de lucha en los que la sectorización es el centro de la política. En el caso de los feminismos, en los cuales milité por varios años, por ejemplo, el sujeto político es un universal blanco y sectorial nombrado como «mujer». Ese universal no está atravesado por relaciones de poder raciales, étnicas, entre otras, lo cual ha llevado a que, buena parte de la institucionalidad feminista en Colombia no solo ignore los aportes de las feministas negras y de los feminismos indígenas y comunitarios, sino además que en los relatos en torno a la guerra aplanen las interpretaciones y en muchos casos se borren experiencias situadas bajo el precepto: «todas somos mujeres». Las preguntas e incomodidades que surgieron de mi experiencia de sobrevivencia y laboral en diferentes ONG feministas, estaban asociadas, justamente, a la ausencia de reflexiones en torno a la clase económica, y al «color de las víctimas», como lo nombra el profesor Santiago Arboleda. Aunque más adelante abordaré los aspectos asociados a la fragmentación colonial, considero importante enunciar esta alerta que, desde hace mucho tiempo, se ha convertido en una disputa política interna en los feminismos y en otros sectores sociales y políticos, pero que aún pareciera no existir.

13. No menciono en este apartado la «clase» porque esta dimensión de la dominación si ha sido acogida con fuerza por la historiografía de la violencia.

bierto, representado como un hecho más, como no importante o simplemente ignorado en el análisis de un devenir histórico complejo. En ese sentido, es preciso visitar algunas de las discusiones de la historiografía de la violencia.

En este punto es fundamental alertar sobre la amplitud de este campo de estudios y sobre la imposibilidad de abordar en este pequeño balance la totalidad de los trabajos realizados en torno a la guerra contemporánea en Colombia. En esta medida, analizo algunos de los planteamientos asociados a la temporalidad y a las razones explicativas del surgimiento de dicha disputa armada. Reitero, no es objetivo de este apartado dar una nueva explicación de «origen», más bien se trata de evidenciar algunos puntos de partida de la historiografía de la violencia «nacional» de los últimos años, para proponer posteriormente preguntas, sentidos y análisis de engranajes que problematicen esta narrativa y que nos permita avanzar en reflexiones en torno a lo que significaría una lectura anticolonial de la guerra. Como anuncié con anterioridad, aportar a la construcción de un horizonte de sentido que tenga en cuenta la pregunta amplia en torno a la larga duración de las violencias y asociado a la persistencia de la violencia en el país.

### **Una visión desde la historiografía de la violencia en Colombia**

La violencia política en Colombia, y más específicamente la guerra que hemos vivido durante los últimos sesenta años, ha sido ampliamente documentada en el campo de la historiografía de la violencia donde, pese a sus diferentes preguntas y nodos explicativos, parece haber un acuerdo inicial con relación a que la violencia política en este país es un problema de larga duración que no se agota en los análisis de los acontecimientos ocurridos durante las últimas seis décadas, aunque sean éstas donde la mayoría de investigaciones se centran. Esta delimitación temporal comienza en 1958 cuando se da la «transición de la violencia bipartidista a la subversiva, caracterizada por la proliferación de las guerrillas» (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 33) y está asociada con el surgimiento y la expansión militar e ideológica de las guerrillas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo –FARC-EP– y

Ejército de Liberación Nacional —ELN—, entre otras. Asimismo, estas seis décadas demarcan un periodo en el que se incrementan las acciones armadas a nivel nacional, aumenta la confrontación entre los gobiernos y las guerrillas, aparecen grupos paramilitares y aumenta el número de personas víctimas a lo largo y ancho del país.

En contraste, a propósito de las condiciones que desencadenaron la confrontación armada contemporánea no existen un consenso, más bien co-existen diferentes posicionamientos y debates. Por ejemplo, los documentos producidos por la Comisión<sup>14</sup> Histórica del Conflicto<sup>15</sup> evidencian algunas tendencias a resaltar. La primera de ellas estudia los problemas por la concentración de la tierra y de la riqueza y el antagonismo entre el desarrollo agrario

---

14. La Comisión Histórica del conflicto fue un grupo de 12 personas que, en el contexto de los Acuerdos de Paz entre las FARC-EP y el Gobierno Nacional de Colombia, fueron delegados para escribir sus interpretaciones en torno a los orígenes, las causas y los efectos o impactos de la guerra en Colombia. La intención fundamental estaba en que este documento aportara al esclarecimiento de factores asociados a la persistencia de la guerra para así avanzar en un acuerdo de paz que realmente aportara a la superación de esta. El compendio está compuesto por 12 ensayos y además en algunas versiones fueron publicadas las relatorías realizadas por otro grupo de académicos. Si bien, este documento ha tenido diferentes críticas en Colombia y de ninguna manera recoge todo lo dicho, considero que lo que allí se expone es un retrato importante de los análisis construidos por años desde la historiografía de la violencia en Colombia, razón por la cual varios de los textos que aquí se señalan hacen parte justamente de esos análisis.

15. Previo a la creación de la Comisión Histórica del Conflicto existe un importante trabajo investigativo a nivel local, regional, nacional e internacional que analiza la guerra contemporánea en Colombia. Al respecto están trabajos como el de Marta Nubia Bello (2001); Claudia Mosquera Rosero-Labbé (2016); Mary Roldán (2003); Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña (1962); Fernán González (1997); Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez (2003); Fernando Gaitán (1995), entre muchos otros. Algunos de esos trabajos serán mencionados, no obstante, y tal y como ya lo indiqué, muchas de estas voces no serán recogidas en este capítulo, por tanto y buscando no generar violencia epistémica, hago explícito que retomo este compilado de documentos y otros que nombraré más adelante pero que esto no representa la totalidad de las voces y análisis. La selección siempre será arbitraria y en este caso se realiza de acuerdo con la pregunta inicial que me planteo: *¿Cuáles son las explicaciones encontradas en torno a las condiciones que desencadenaron la confrontación armada contemporánea?* En esta medida, el documento de la Comisión Histórica recoge muchos de estos debates que como punto de partida son importante aun cuando en ella no se agoten las referencias.

y la consolidación del modelo económico capitalista (Fajardo, 2015; Giraldo, 2015; De Zubiría, 2015; Molano, 2015). En este punto se coincide en plantear que existe una continuidad histórica del problema agrario y de la disputa por la tierra en Colombia, que se agudizan en la primera mitad del siglo XX y que se convierten en el factor detonante de la guerra.

En una segunda tendencia analítica se encuentran los aportes de María Emma Wills (2015) y Renán Vega (2015). Aunque sus reflexiones distan bastante y pueden ser radicalmente opuestas, Wills y Vega coinciden en proponer la necesidad de hacer especial énfasis en la revisión de la larga duración de la violencia, la cual ahora se remonta a los procesos de formación del Estado-Nación, durante el siglo XIX. Para Wills (2015) la revisión de las disputas tempranas entre conservadores y liberales<sup>16</sup>, las redes clientelares que empezaron a crearse desde ese momento, así como los relatos de inclusión y exclusión fundadores del Estado-Nación son factores centrales para comprender los orígenes de la guerra. En este sentido sostiene:

La singularidad de la construcción del Estado-Nación en Colombia radica en la conjugación de varios procesos. La inculcación de un sentimiento de pertenencia a un destino compartido vino de la mano, no de un Estado con pretensiones integradoras ni de unas redes culturales autónomas, sino de sus partidos políticos trenzados entre sí en rivalidades que, en un contexto de debilidad estatal, desembocaban en enemistad entre dos comunidades que se auto-reivindicaban cada una como portadora de la auténtica nación. Para las élites económicas en formación, mantener el control sobre el poder local por la vía de

---

16. La historia política de Colombia durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX estuvo atravesada por la disputa entre dos tendencias ideológicas políticas que desembocaron en la creación de dos partidos políticos: Partido Liberal y Partido Conservador. La disputa por la hegemonía sobre los ideales liberales y conservadores llevaron a que desembocaran disputas y guerras que, aunque no se dieron de la misma manera en todo el territorio nacional, sí tuvieron un impacto en la historia política del país. El bipartidismo conservador-liberal ha sido el sistema partidista predominante en Colombia desde mediados del siglo XIX.

las lealtades partidistas se tornó crucial. Simultáneamente, en las fronteras, surgió un campesinado independiente que, conjugado con la politización e inculcación gradual de enemistades absolutas entre liberales y conservadores y un Estado fracturado y débil, desembocaron, a través de interacciones no siempre premeditadas, en un escenario complejo donde el juego político estaba dispuesto de tal manera que podía fácilmente derivar en guerra. (p. 7)

De esta tendencia hacen parte otras y otros autores de relevancia, entre las cuales se destaca Gonzalo Sánchez (1990) y María Teresa Uribe (2004). Sánchez señala la necesidad de comprender las guerras del siglo XIX como parte de la historicidad de la guerra del presente. Así mismo, ha reiterado que para historizar la guerra es necesario historizar la política. Por su parte, Uribe (2004) formula una pregunta de vital trascendencia:

[¿]Cómo han incidido las palabras de la guerra en esas formas de imaginar la nación y de qué manera muchas narraciones y lenguajes configurados para otros momentos históricos se mantienen en el presente para justificar el uso de las armas o para reprimir a los rebeldes[?]. (p. 14)

Renán Vega (2015), en vías de una tercera tendencia de análisis, anuda a la configuración del Estado-Nación la temprana y sostenida injerencia de los Estados Unidos en Colombia. Ciertamente, Vega refiere la injerencia norteamericana no solo como una influencia externa momentánea, sino como un escenario de participación directa y sostenida en el tiempo, la cual ha sido determinante para la persistencia de la guerra en Colombia. En ese sentido, Vega (2015) afirma que: «a la hora de analizar las causas del conflicto social y armado [...] Estados Unidos no es una mera influencia externa, sino un actor directo del conflicto, debido a su prolongado involucramiento durante gran parte del siglo XX» (p. 1).

Esta tendencia es enriquecida, con diferentes matices y miradas analíticas, por autores como Alfredo Molano (2015), Darío Fajardo (2015) y Javier Giraldo (2015), entre otros. Señalan la injerencia norteamericana y su participación directa y expresa en el conflicto la cual, además, ha dado lugar a una subordinación estratégica y a una autonomía restringida de las autoridades colombianas, en donde los argumentos, la agenda y las estrategias contrain-surgentes son definidas por los Estados Unidos.

La cuarta tendencia ubica como un antecedente fundamental de la guerra el periodo denominado *la Violencia*. Cuando en Colombia se habla de la Violencia con «V» mayúscula se hace referencia a un periodo específico de la historia, que va de 1946 a 1958, en el cual se concreta con crudeza y se expande por diferentes territorios del país la guerra civil bipartidista dada entre el partido Liberal y el partido Conservador. Tal y como lo han señalado diferentes historiadores (Pécaut, 2015), dicha confrontación bipartidista deja alarmantes cifras de víctimas. Empero, es después del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán<sup>17</sup> que la violencia toma dimensiones descomunales y el Estado y sus instituciones viven lo que Paul Oquist (1978) denomina: «un colapso parcial del Estado» (p. 47). Colapso que constituye un antecedente importante para entender la guerra hoy en Colombia, tanto así que Molano comienza su informe en la Comisión Histórica del Conflicto, señalando: «el conflicto armado comienza con la Violencia» (2015, p. 5).

Llegada a este punto es importante, además, incluir argumentos sustantivos como los presentados por el Programa Nacional de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—, en el 2003, en el que se plantean como factores desencadenantes de la guerra en Colombia el fracaso del Estado en la prevención de conflictos, la ausencia de éste en los problemas sociales del país, la conformación de ejércitos irregulares, los problemas sociales y económicos desatendidos que posibilitaron las condiciones para la creación de estructuras

---

17. Jorge Eliecer Gaitán fue un líder y dirigente político colombiano que nació en 1903 y fue asesinado en 1948. Representaba los ideales liberales para la Colombia de principios de siglo XX. Su asesinato en 9 de abril provocó un levantamiento popular nacional que es conocido como El Bogotazo.

armadas guerrilleras como las FARC-EP, y muy importante, la división entre centro y periferias. Por otra parte, el Grupo de Memoria Histórica –GMH– reconoce la heterogeneidad y complejidad de la guerra y señala otros factores asociados al origen «la persistencia del problema agrario, las limitaciones y posibilidades de la participación política; las influencias y presiones del contexto internacional; la fragmentación institucional y territorial del Estado» (2013, p. 111).

Si bien estas tendencias no recogen todos los análisis planteados desde la historiografía de la violencia, si permiten delinear algunas respuestas a la pregunta siempre en debate sobre las razones que desencadenaron la guerra contemporánea en Colombia. Sin lugar a duda, han existido múltiples motivaciones para elegir la temporalidad y para delimitar los factores explicativos en torno al surgimiento de la disputa armada de los últimos sesenta años. Cada explicación en torno a los factores desencadenantes se construye a partir de la identificación de problemas que se priorizan y que marcan tendencias analíticas; así, mientras para algunos el problema central identificado es la disputa agraria (Fajardo, 2015), para otras (Wills, 2015) el problema central es la disputa bipartidista previa a la construcción de la nación. En gran parte de estos análisis, además, se hace evidente que la clase y por tanto las desigualdades estructurales, por ejemplo en el acceso a la tierra han sido centrales. Sin embargo, en ninguno de los trabajos revisados en este campo se tiene en cuenta el periodo colonial y la configuración de un poder colonial, cruzado por la «raza», el sexo y el género, como engranaje de una violencia de más larga duración que trasciende el siglo XIX y que está llamada a aportar una caracterización cuidadosa de los problemas y sujetos en cuestión.

## «Racializar» y «engenerizar» las reflexiones en torno a la guerra<sup>18</sup>

La teoría crítica de «raza» y etnicidad, así como los estudios de mujeres, feministas y de género<sup>19</sup> en Colombia han abierto importantes debates sobre la guerra en el país. Aunque no han sido considerados como parte de la «historiografía de la violencia», a partir de estos dos campos se han analizado hechos, casos emblemáticos, resistencias, efectos e impactos de la guerra en las mujeres, personas disidentes sexuales y en el pueblo negro afrodescendiente desde perspectivas especialmente sociológicas y antropológicas. Presento a continuación un breve recorrido por algunos de sus postulados, inicialmente

---

18. A propósito de fragmentaciones o «compartimentaciones» sectoriales, en este texto me encontré con el reto de revisar tres campos de estudio en los que la guerra contemporánea colombiana ha sido central, pareciera una contradicción que desde una propuesta anticolonial se presente cada uno de estos campos por separado, más aún, cuando en ellos existen autoras y autores que han construido puentes entre uno y otra. No obstante, y a pesar de estos esfuerzos de estas autoras/es, estos campos han existido como islas dispersas y ha sido realmente muy difícil que, por ejemplo, la teoría crítica de raza y etnicidad permee «la historiografía de la violencia». Teniendo presente esto, doy cuenta de manera general de estos tres escenarios del debate reconociendo que el primer reto de una historia anticolonial es justamente construir lugares «de lo común», que des-fragmenten o des-compartimenten y que por tanto logren dar cuenta de la complejidad y no solo de la particularidad.

19. Tanto la teoría crítica de la «raza» y la etnicidad como los Estudios Feministas y de Género son campos que tienen en común que surgen de las experiencias colectivas, comunitarias y organizativas, del pueblo negro afrodescendiente en Colombia, y de los procesos organizativos del movimiento social de mujeres y de los feminismos. Ambos campos se nutren del pensamiento construido por personas que vienen de diferentes áreas principalmente de las ciencias sociales y humanas: Antropología, Sociología, Historia, Filosofía y de un número también importante de personas que están en el campo de la Educación. También se hace relevante nombrar que en estos campos los análisis sociológicos, políticos, antropológicos e históricos no se restringen al análisis de la violencia, esta es solo una de las tendencias que existen al interior de cada uno de ellos y que, aunque desde estos campos se sostienen diálogos con la historiografía de la violencia estos no son considerados y referenciados frecuentemente como parte de la misma. Prioricé en este análisis a las y los escritores negros, afrodescendientes —con unas pocas excepciones pertinentes para el análisis— y en el análisis de las teorías feministas y de género a las mujeres. De ninguna manera esto quiere decir que en sus nombres se agoten los análisis construidos en este campo, se trata más bien de una priorización política y útil para los alcances de este capítulo.

desde la teoría crítica de «raza» y etnicidad, posteriormente desde las teorías feministas críticas.

### **Sobre la teoría crítica de la «raza» y la etnicidad**

La teoría crítica de «raza» y etnicidad en Colombia ha sido fundamental para pensar, entre otras cosas, los efectos del racismo tanto en la guerra como en otros episodios de la historia del país. En este campo es recurrente encontrar, desde diferentes disciplinas, miradas en torno al pasado para comprender el presente que van mucho más atrás del siglo XIX y de la construcción de la nación, y que sitúan preguntas o casos específicos acontecidos en el tiempo contemporáneo tales como la masacre de Bojayá (Vergara-Figueroa, 2014); la experiencia de mujeres negras desplazadas en programas de salud sexual y reproductiva (Mosquera Rosero-Labbé, 2007); el análisis de los procesos de organización y resistencia del pueblo negro en el Pacífico colombiano (Grueso, 2012.); los análisis sobre el despojo, el extractivismo y la migración forzada (Arboleda, 2019; Olaya, 2016); el debate sobre los espacios geográficos del que se han construido para el destierro en la guerra (Valderrama, 2019); las disertaciones sobre la construcción de la nación y las repercusiones de este modelo excluyente en las vidas de las personas del pueblo negro afrodescendiente (Múnera, 1998); el análisis sobre la relación entre discriminación racial y pobreza en Colombia (Viáfara-López, 2017); el despojo de tierras, el racismo y la militarización de la vida social y las estrategias de resistencia de las mujeres negras (Hernández, 2019); y las violencias contra las mujeres negras afrodescendientes en el Pacífico colombiano en contextos de neoconquista y neocolonización (Lozano, 2016).

Así mismo han sido fundamentales en este debate los aportes de procesos organizativos como la Red de Mariposas de Alas Nuevas, la Asociación de Mujeres Afrodescendientes del Norte del Cauca –ASOM– y Women’s Link (2019); el Proceso de Comunidades Negras –PCN– (2012, 2019), Asociación de Afrocolombianos Desplazados –AFRODES– y Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento –CODHES– (2015), entre otros; y de instituciones académicas y públicas a nivel nacional e internacional como el Ministerio del Interior (s.f.), la Comisión Interamericana de Derechos

Humanos –CIDH– (2008), El Centro de Estudios Afrodiaspóricos –CEAF– (2014, 2021)<sup>20</sup>, la CEPAL (2020).

Me centro en dos de estas propuestas que resultan oportunas para analizar la reproducción de técnicas de violencia colonial en la guerra contemporánea en Colombia. Yesenia Olaya (2016) y Santiago Arboleda (2019) proponen una revisión del despojo, el extractivismo y la migración forzada vivida por el pueblo negro afrodescendiente en la guerra contemporánea haciendo alusión permanente a las continuidades de la violencia colonial. Para Olaya y Arboleda, el análisis de la guerra en Colombia está inexorablemente relacionado con los modos en los que se construye la idea de «raza» y con sus articulaciones con el modelo económico capitalista a partir del proceso de colonización entre el siglo xv y el siglo xviii, y más específicamente, a partir de la trata y comercio de personas africanas y de la diáspora, que fueron esclavizadas, en nuestro caso, principalmente por la monarquía española hasta principios del siglo XIX en lo que hoy conocemos como Colombia.

Siguiendo a Olaya (2016), en su trabajo sobre la expansión de la agroindustria de la palma africana en el Pacífico colombiano, es posible señalar que las experiencias de despojo y migración forzada del pueblo negro afrodescendiente –las cuales se remontan a las dinámicas histórico-demográficas iniciadas en la sociedad colonial-esclavista durante los siglos XVII y XVIII– amenazan la existencia y la continuidad de sus formas de vida cultural y productiva. Por esta razón, señala Olaya, se hace necesario analizar, desde una perspectiva histórica de larga duración, los modos en que se dio el asentamiento del pueblo negro afrodescendiente en la región del Pacífico, desde el periodo colonial hasta mediados del siglo XX, así como las continuidades y transformaciones ocurridas en ese tiempo ante la emergencia de nuevos intereses y actores.

Durante el largo periodo colonial y republicano el Pacífico fue visto como «una región aislada y de esclavos fugitivos», lo cual dio un margen importante de construcción de identidades étnicas al margen de los «modelos hegemónicos-coloniales» (Olaya, 2016, p. 37). Sin embargo, tal y como señala la autora,

---

20. Véase al respecto, Alves et al., (2014), y Cabezas et al., (2021).

este proceso se modifica radicalmente durante el siglo XX, periodo en el cual, aunque la relación de dominación colonial se mantiene, llegan cambios significativos que serán determinantes en las dinámicas de la guerra, tanto para el Pacífico como para el país entero:

El imaginario de lo «inhóspito» y lo «salvaje» ha servido como instrumento a las élites económicas y políticas del país para «naturalizar» las condiciones de abandono estatal y desigualdades socio-económicas de los pueblos afrodescendientes que habitan la región. [...] Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, este imaginario se transmuta mediante la intervención de las elites políticas y económicas en algunos territorios del Pacífico. A través de políticas implementadas por el gobierno la industria minera (oro y platino) se da en concesión a empresas extranjeras, principalmente francesas y estadounidenses, lo que marca una serie de transformaciones fundamentales en cómo pasa de ser una región «aislada». [...] La mirada desarrollista de inflexión al Pacífico se establece bajo la dinámica de apalancamiento a la extracción de recursos naturales en el contexto de la incorporación de la nación a las lógicas neoliberales del capitalismo global. Este será el antecedente de los conflictos por el control de la tierra entre comunidades afrodescendientes, empresarios y posteriormente grupos armados (guerrillas y paramilitares). (Olaya, 2016, p. 38)

Arboleda (2019), por su parte, ha insistido en subrayar la necesidad de comprender «el racismo como hijo consustancial del colonialismo de la supremacía blanca, que se normaliza con la expansión de los Estados europeos» (p. 95), lo cual ha significado dominación, y con ello, la reproducción sistemática de violencias en contra de las personas que descienden de la diáspora africana:

El genocidio [en contra del pueblo negro afrodescendiente hace] parte de las estrategias y planes indispensables en que el cálculo económico y el motor político se amalgaman con el racismo, para justificar los

despojos, la opresión y el exterminio integral en la administración de las violencias. (Arboleda, 2019, p. 95)

El autor concluye con la pregunta: «¿hasta qué punto se puede considerar [la guerra en Colombia] un ecogenoetnocidio, de forma que sea posible asumir articulada e integralmente el destierro histórico, el genocidio, el etnocidio y el ecocidio?» (Arboleda, 2019, p. 100).

Las respuestas dadas por Arboleda en sus reflexiones son de vital importancia puesto que develan silencios y ocultamientos presentes. Por ejemplo, en los análisis de la *Historiografía de la violencia colombiana* a propósito del campesinado marginalizado no se hacen preguntas en torno a quién es ese campesinado, qué «color» tiene y qué historia ha vivido en la larga duración del país. Tampoco se ha hecho con relación al análisis de las cifras de la guerra. Cifras que a criterio del Arboleda en su trabajo se presentan sin «color» y sin «etnicidad» y que cuando se intersecan con variables como el de la «raza» se hace evidente como opera el racismo en la guerra:

El contexto permite demostrar que solamente los afrocolombianos desplazados internamente pueden ascender al 22 % de los desplazados del país, los indígenas al 6,7 % aproximadamente, y los restantes son genéricamente mestizos. En el 2016, el total de desplazados en el país fue de 7,2 millones; el primer puesto a nivel mundial (ACNUR, 2017). Esto es más de 1,5 millones de personas afrocolombianas desplazadas. (Arboleda, 2019, p. 95)

Las autoras y los autores mencionados en este apartado, aunque con diferencias entre sí, tienen algo en común: la enunciación permanente de la necesidad de entender el racismo y las estructuras coloniales de la violencia para analizar la guerra hoy en Colombia. Para la historiografía de la violencia, por ejemplo, una de las causas que origina la guerra que vivimos es la concentración de la tierra y la expansión del proyecto capitalista, tal y como ya fue enunciado antes en este capítulo. No obstante, para Olaya y Arboleda, así

como para otros autores mencionados al inicio de este apartado, el análisis de la concentración de la tierra en Colombia, de la expansión capitalista y, con ello, del despojo, la migración forzada, el extractivismo, entre otras violencias, debe realizarse a través de un ejercicio consciente que permita develar los procesos de diferenciación, clasificación y jerarquización coloniales, así como lo que implica la construcción de la 'raza' y del racismo en el desarrollo de la guerra en Colombia. Esto supone trascender una comprensión que da por sentado que el racismo se limita a actos cotidianos de discriminación, y exige elevar su análisis a un nivel histórico y estructural.

### **Los estudios de las mujeres, feministas y de género**

El campo de los estudios de las mujeres, feministas y de género, en Colombia, ha posibilitado en el país, entre otros, debates asociados a las violencias en contra de las mujeres en los contextos de la guerra<sup>21</sup> y en los últimos años se han incluido importantes trabajos sobre violencias hacia personas disidentes sexuales<sup>22</sup>. En este campo se destacan, entre otros, los trabajos Donni Meertens (1995), Paola Andrea Díaz Bonilla (2020), Elsy Marulanda (1995), Betty Ruth Lozano (2016, 2019), Elsa Blair y Luz Marina Londoño (2003), Ángela María Rodríguez (2003), María Emma Wills (2007). Así mismo son importantes los trabajos realizados por organizaciones feministas como la Red Feminista Antimilitarista de Medellín (2015), el colectivo Otras Negras y Feministas en la ciudad de Cali (2016), la Red de Mujeres del Caribe (2017), la Ruta Pacífica

---

21. Las cifras del Registro Único de Víctimas (RUV) revisado con corte de marzo de 2022 da cuenta de aspectos tales como que: las amenazas son uno de los hechos más frecuentes vividos por las mujeres siendo estas el 50,33 % del total de las víctimas; en términos del desplazamiento forzado las mujeres representan el 49,62 %; a este le siguen los atentados, actos terroristas, combates, enfrentamientos y hostigamientos el 44,15 %; los homicidios con un 41,13 %, la desaparición forzada con un 47 %. Los delitos contra la libertad y la integridad sexual se presentan como un dato alarmante: el 90,3 % de las víctimas son mujeres. Estas cifras generalmente son presentadas sin análisis étnico racial, aunque en los últimos años y gracias a la presión de las organizaciones y académicas del pueblo negro se cuente con más información al respecto.

22. Por ejemplo, *Aniquilar la Diferencia. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano*, CNMH (2015).

de las Mujeres (2013) y otros de instituciones públicas como el Grupo de Memoria Histórica (2011), el Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), y entidades de orden internacional como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

En este campo han sido centrales, entre otras, perspectivas en torno a modalidades de violencias basadas en el género o violencias patriarcales tales como los feminicidios en escenarios de disputas armadas, las problemáticas asociadas con el despojo y la tenencia de tierras para las mujeres, el desplazamiento, las violencias sexuales y otras formas de violencia patriarcal. Aunque muchos de estos estudios se enfocan en territorios, periodos o problemáticas específicas que permiten comprender la complejidad de estas violencias, me detengo brevemente en dos de estos trabajos que abordan la pregunta por la historia y por las razones explicativas del surgimiento de la guerra y en donde el género y el sexo aparecen como categorías relevantes y, posteriormente, analizo uno de los conceptos emergentes de este campo que me resultan pertinente para el propósito de este capítulo<sup>23</sup>.

Donni Meertens (1995) y Elsy Marulanda (1995) priorizan, en sus análisis, un marco temporal que en ambos casos inicia en los años cincuenta del siglo XX como un momento fundamental en el surgimiento de la guerra que vive Colombia en la actualidad. Asimismo, estas autoras proponen una mirada localizada en los territorios que únicamente cobra sentido en el marco de lo nacional. Cuando ambas autoras suman a su análisis un marco histórico y temporal específico y una lectura territorial del conflicto aparece tanto la noción central de mujeres rurales, como el llamado a pensar en las mujeres

---

23. Una vez más considero necesario nombrar que las referencias priorizadas en este apartado no representan de ninguna manera el universo de la producción política y académica de los estudios feministas y de género en torno a la guerra en Colombia. Esta vez se priorizaron voces que aportan a la pregunta en torno a las explicaciones estructurales e históricas del surgimiento de la guerra. Así mismo, teniendo en cuenta que, a través de este balance, analizo la incorporación de reflexiones de larga duración hago un breve balance de lo que ha significado el concepto *continuum* de violencias en la producción de este campo y para el análisis específico de la guerra.

como víctimas y como sujetos políticos. Meertens (1995) no solo analiza el lugar ocupado por las mujeres en la disputa armada con el propósito de:

Hacer visibles a las mujeres como una categoría específica de víctimas directas e indirectas de la violencia política y sus secuelas, sino también de iniciar el análisis de una dinámica social que en creciente medida proyecta a la mujer en su calidad de sujeto político. (p. 1)

La autora resalta la necesidad de reflexionar en torno los efectos diferenciales de la violencia, y, por tanto, lo que supone la disputa armada en las experiencias vitales de las mujeres. Finalmente, hace evidentes las transformaciones de la guerra en el tiempo en clave de violencias de género. A propósito, Meertens (1995) señala:

Las mujeres han sido de diferentes maneras víctimas, vivientes y actores de las violencias políticas. Durante la Violencia de los años 50 y 60, las víctimas femeninas formaban parte de una estrategia de exterminio del enemigo, hasta la semilla, y de actos de humillación cargados de simbolismo sexual. La revisión de las violencias de los años ochenta y comienzos de los noventa nos permite por primera vez elaborar un panorama cuantitativo de víctimas según sexo. Aunque la participación femenina en los muertos es relativamente baja, ésta — suponemos— aumentó en comparación con períodos inmediatamente anteriores, no tanto debido a su papel de madre y esposa —como en la vieja Violencia—, sino a su ingreso masivo y a su papel cada vez más protagónico en los grupos alzados en armas. (p. 16)

Marulanda (1995), por su parte, a partir de diferentes voces y testimonios inaugura su análisis planteando las diferencias entre mujeres rurales y urbanas en los años cincuenta:

Mientras que en las grandes ciudades la mujer libraba la batalla por el ingreso a la universidad y el derecho al sufragio, entre otros de sus retos, en el campo las mujeres buscaban desesperadamente que la vida no se les ahogara en un charco de sangre. (p. 480)

Esta autora invita a pensar ese momento histórico como el tiempo de exacerbación de la violencia política hacia las mujeres en tanto:

La historia de la violencia de los cincuenta está llena de escenas de mujeres asesinadas con especial sevicia; violadas en presencia de padres, esposos o hijos; raptadas con el exclusivo fin de hacerlas objeto de humillaciones sexuales y luego asesinarlas; otras, humilladas y vencidas, siguieron al lado de sus victimarios como cómplices dispuestas a correr la misma suerte, o a esperar el momento de la fuga. (Marulanda, 1995, p. 484)

Los análisis de Meertens y Marulanda convocan a una lectura en clave histórica que, en ambos casos, inicia en una década que se caracteriza por el uso político y público que *hombres en armas*<sup>24</sup> les dieron a diferentes modalidades de violencia a través de las cuales se dirimieron disputas entre opositores que se sellan sobre los cuerpos las mujeres. Wills (2015), a propósito de estos trabajos, señala cómo el análisis del periodo de la Violencia y específicamente lo que allí sucede con las mujeres es clave para entender repertorios y técnicas

---

24. En este capítulo se hablará de hombres y mujeres partiendo de que estos son dos conceptos sociológicamente definidos no por la biología sino por las relaciones y las estructuras históricas que las definen. Asimismo cuando hablo de *hombres en armas* estoy enfatizando en las diferentes estructuras armadas y en la constitución de las mismas, siguiendo a la feminista materialista francesa Jules Falquet (2011), quien habla de *hombres en armas* como una relación de poder —diferente a una identidad biológica— un efecto y expresión de la globalización neoliberal, de la industria de las armas y del lugar masculinizado de la guerra íntimamente ligado a posiciones de clase y «raza».

de las violencias que se reactivan o se «reciclan» en las violencias del paramilitarismo de los años noventa del siglo XX y de inicios de la década del 2000.

Estos trabajos son fundamentales al involucrar una perspectiva de género la cual, no obstante, sigue quedando corta en tanto las dinámicas urbanas y rurales —materia de su análisis— no incluyen preguntas asociadas a las configuraciones raciales o étnicas en Colombia. Al respecto Betty Ruth Lozano (2016), socióloga del pueblo negro afrodescendiente, describe que el periodo de la Violencia en Colombia tuvo otras dimensiones en territorios como el Pacífico, en donde las mujeres, principalmente indígenas y afrodescendientes rurales, viven otras condiciones:

[El periodo de la Violencia], fue un conflicto bipartidista en el que el pueblo liberal y el conservador se enfrentaron, causando más de trescientas mil personas asesinadas de la forma más brutal imaginable en un período de diez años. La magnitud de esta violencia no se vivió en la región del Pacífico colombiano. (p. 8)

En este punto es importante referir al *continuum de violencias* un concepto que convoca a revisar permanencias, cambios y variaciones de las violencias hacia las mujeres en sus propias historias de vida y en la historia de las sociedades que habitan. La categoría refiere a que muchas de las violencias que viven las mujeres en la guerra pre-existen, es decir, que ya estaban presentes antes del inicio de la guerra en el caso de Colombia. En el uso de esta categoría es común encontrar afirmaciones como «las violencias hacia las mujeres en tiempo de guerra y en tiempos de paz» (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 40) para enfatizar que las violencias que viven las mujeres en la guerra pre-existen, es decir, que estaban previo a que iniciara la guerra de los últimos sesenta años en el caso de Colombia.

Al respecto, Paula Andrea Díaz Bonilla (2020) afirma:

El continuum de las violencias ayuda a entender cómo la violencia específica de la guerra entronca con las violencias presentes en la relación de dominación entre hombres y mujeres vigentes en épocas

de paz.» [...] «el continuum conduce a identificar los patrones de victimización que anteceden, se activan durante y extienden posteriormente en los planos subjetivo e interpersonal. [...] Las mujeres víctimas que padecen el continuum de las violencias sociopolíticas no resultan ser casos aislados. (p. 199)

El *continuum* apela a un orden histórico de las violencias. No obstante, el análisis de problemáticas asociadas con el *continuum* aduce más a la experiencia generacional de las mujeres y a la circularidad de las violencias en sus existencias que a una pregunta concreta por los modos en que las violencias, en este caso de orden colonial, afectan o dan formas a las violencias del tiempo presente. El *continuum* entendido así es una alerta, un llamado epistemológico, metodológico a través del cual se reconoce la necesidad de entender el proceso histórico, pero no es el análisis del proceso histórico en sí.

## 2 SEGUNDAS PUNTADAS: LAS LECTURAS INTERSECCIONALES DE LA GUERRA

Interseccionalidad y matriz de opresión son dos conceptos que han funcionado como herramientas epistemológicas para el análisis de relaciones de poder (Crenshaw, 2012; Viveros-Vigoya, 2016; González, 1983; Combahee River Collective, 1977; Davis, 1981; Collins, 1990). Ambos han sido acuñados y desarrollados principalmente por teóricas y feministas negras afrodescendientes en los Estados Unidos, en América Latina y el Caribe, y utilizados y reinterpretados por teóricas feministas y por la teoría crítica de «raza» en diferentes lugares del mundo. Aunque la genealogía de estos conceptos es extensa y ha tenido variaciones en el tiempo (Viveros-Vigoya, 2016), resalto algunos aspectos que considero centrales a propósito de la pregunta en torno a lo que implica una historia anticolonial de la guerra.

El concepto interseccionalidad fue acuñado inicialmente por la abogada afronorteamericana Kimberlé Crenshaw (2012), en el contexto de una discusión legal en los Estados Unidos, [Para Crenshaw] la interseccionalidad es una

categoría útil «para señalar las distintas formas en las que la raza y el género interactúan, y cómo generan las múltiples dimensiones que conforman las experiencias de las mujeres negras en el ámbito laboral» (p. 89). Tal y como esta autora argumenta, el entrecruzamiento entre estos dos vectores de poder no representa una explicación total de las experiencias de las mujeres negras afrodescendientes, más bien son la elección que ella prioriza para avanzar en el análisis de las violencias que experimentan las *mujeres de color*. Para desarrollar este concepto la autora recurre a la metáfora de carreteras o vías que se entrecruzan, cada una de estas vías representa un sistema de poder y los puntos en los que se encuentran dan cuenta de las violencias que se generan en este entrecruzamiento como las que sufren las mujeres afroamericanas.

La matriz de opresión, por su parte, para autoras también afrodescendientes como Patricia Hill Collins y Ochy Curiel, «implica comprender cómo interactúan el racismo, la heterosexualidad, el colonialismo y el clasismo, e integra tres características: leyes y políticas institucionales; jerarquías burocráticas y técnicas de vigilancia; elementos hegemónicos, prácticas discriminatorias usuales en la experiencia cotidiana» (Curiel, 2014, p. 54). Entendida de esta forma, la matriz de opresión sostiene tanto las violencias cotidianas como los procesos estructurales y de larga duración, que bien pueden ser de orden colonial racistas, de sexo, de género o de clase. Ahora bien, desde este concepto la propuesta no consiste en revisar el entrecruzamiento entre vectores del poder sino en lograr un análisis en torno a la inseparabilidad histórica de dichos vectores y sus efectos en las violencias tanto del tiempo presente como de otros momentos de la historia. Visto así la matriz de opresión es un concepto que declara la confluencia histórica de diferentes vectores de poder mientras que la interseccionalidad es una herramienta práctica que permite organizar el análisis de manera que se visibilicen casos concretos.

Por lo mismo, la intersección y la matriz de opresión no son sinónimos. Mientras en el primero es un concepto diacrónico que resalta el entrecruzamiento a partir de casos específicos, en el segundo es dialéctico y hace énfasis en la inseparabilidad e interdependencia histórica que hace posible las relaciones de poder. Los aportes de estos dos conceptos son fundamentales para analizar diferentes engranajes de las relaciones de poder. En este caso

específico, la confluencia de ambas perspectivas es central en un análisis anticolonial de la guerra. Así, mientras a través de la interseccionalidad se pueden entender los diferentes niveles de discriminación de violencias que puede vivir una mujer negra en la guerra por su situación y condición racial, de clase, de sexo y género y, a partir de ello, comprender hechos específicos como despojo de tierras, desplazamiento, masacre, etc. A través de la matriz de opresión se puede indagar, además, por las relaciones de poder históricas que hicieron posible la existencia de estas violencias. El diálogo metodológico y político entre estos dos conceptos puede generar lecturas mucho más complejas de la guerra en Colombia que aporten tanto a la comprensión de hechos concretos como de procesos y fenómenos históricos.

En Colombia se han realizado trabajos que usan principalmente la interseccionalidad para el análisis de la guerra. Sobre este punto son de vital importancia los textos de Betty Rut Lozano (2016), Aurora Vergara Figueroa (2014), Libia Grueso (2007), Claudia Mosquera Rosero-Labbé (2007), Castriela Hernández (2019) y Carmen Ximena Marciales (2015), quienes oscilan entre las fronteras de la teoría crítica de «raza» y los estudios de la mujer, feministas y de género. Así mismo, desde la *historiografía de la violencia* el Grupo de Memoria Histórica en el *Informe Mujeres y Guerra en el Caribe* (2011) y el Centro Nacional de Memoria Histórica en los informes sobre el Bloque Calima (2018), *El informe nacional de violencias sexuales* (2017), *El informe de Buenaventura* (2015) introducen reflexiones interseccionales que, aunque bastante generales y preliminares, son importantes para avanzar en esta discusión. Por su parte, los insumos revisados a la fecha del informe publicado por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición —CEV— (2021) brinda otros insumos que son fundamentales, de mayor amplitud y extensión y que serán fundamentales para profundizar en este trabajo más adelante, en este texto hago apenas unas menciones al respecto. Teniendo esto en cuenta, me detengo brevemente en tres de estos trabajos.

En la obra de Lozano se ha concretado de forma contundente una visión histórica, interseccional, fusionada (Lugones, 2008) de la guerra en Colombia. En su libro: *Aportes a un feminismo negro decolonial: insurgencias epistémicas de mujeres negras-afrocolombianas tejidas con retazos de memorias* (2019), la autora

analiza la colonialidad presente en las violencias de la guerra en el Pacífico colombiano, específicamente en contra del pueblo negro afrodescendiente, y las articula a la ideología patriarcal colonial en las experiencias vividas por las mujeres negras quienes, como asegura Viveros-Vigoya (2016), representan *el sujeto subalterno por excelencia*.

A partir del trabajo de archivos, basándose en testimonios y múltiples casos y caracterizando debates conceptuales centrales para indagar las implicaciones de un «feminismo negro decolonial», Lozano (2019) analiza cómo las violencias de la guerra expresan continuidades de procesos aún no superados como la trata de personas esclavizadas, la acumulación global y colonial de capitales y la construcción de una nación centralista, enfatizando que «Colombia es un país de regiones que puede ser explicado desde la dependencia colonial» (p. 115). En sus análisis, Lozano (2019) concluye que:

[El] Pacífico es un laboratorio en donde se expresa el nuevo patrón de colonialidad global [...] No es una coincidencia que Buenaventura sea la ciudad del país con la tasa más alta de desempleo. El neoliberalismo y globalización se esparcen por todo el planeta con violencia y generan más violencia, como en una avalancha imparable que destruye los códigos, símbolos, actitudes, normas y valores culturales propios. (p. 137)

Al análisis histórico sobre la geopolítica de la guerra en el Pacífico esta autora incorpora preguntas en torno a los cuerpos y las experiencias de las mujeres negras, planteando que, la guerra en el Pacífico colombiano hace evidente «que el cuerpo de las mujeres se haya convertido en un objeto en disputa por parte de los grupos armados» (Lozano, 2019, p. 144), sobre el cual los *hombres en armas* han recreado técnicas de violencia que durante el periodo colonial fueron comunes como violencias sexuales racistas. Entonces:

Las formas de asesinar a las mujeres envían un mensaje a la comunidad sobre el colapso de los límites morales en este conflicto que es una guerra contra la población: violaciones y empalamientos antes de

ser asesinadas, cortarles las nalgas y jugar fútbol con ellas, cortarles la lengua por sapas, cuando ellos las han obligado a ser informantes. (Lozano, 2019, p. 148)

Por su parte, de manera enunciativa y sin profundizar mucho, el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el *Informe Mujeres y Guerra: Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano* (2011), señala cómo los *hombres en armas* paramilitares del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC–, en zonas como San Onofre, Caribe colombiano, usaron prácticas y discursos sexistas y racistas en contra de las personas negras de este territorio. En la consecución de masacres, desplazamientos, violencias sexuales tanto en el Caribe como en otros territorios de Colombia, poblados mayoritariamente por el pueblo negro afrodescendiente fueron recurrentes insultos basados en antiguos estereotipos sobre la población racializada como negra que se actualizan en el sentido común y el habla cotidiano. En este contexto:

Los comandantes paramilitares, especialmente «Cadena» y «Diego Vecino», categorizaron a la población y se relacionaron con ella reproduciendo y exacerbando un racismo estructural e imponiendo nuevas formas de segregación y discriminación raciales. Al respecto, uno de los testimonios referenciados en este informe se señala: Él [«Cadena»] siempre les decía «negros flojos», porque a todas éstas, racista sí era [...] eso sí: racista sí era, eso sí lo tengo claro, «negros flojos», «negras chismosas» [...] En todas esas reuniones era: «partida de negros [...]», y por ahí comenzaban los calificativos. Era un tema humillante. Cuando iban a las reuniones, verbalmente los trataba muy feo, muy feo, «negros hijueputas», «partida de negros flojos». (Grupo de Memoria Histórica, 2011, p. 86)

La escritora colombiana Carmen Ximena Marciales Montenegro (2015) abona a la discusión cuando plantea la necesidad de una comprensión de las violencias sexuales en la guerra en Colombia no solo a partir del concepto

*violencias de género*, sino además poniendo al centro la noción de racismo estructural. El trabajo de Marciales se construye a partir del caso de las mujeres negras afrodescendientes habitantes del departamento del Chocó. Para esta autora:

Los actores armados reproducen los estereotipos y prejuicios racistas, derivados de la estructura social, racial y sexualmente jerárquica que caracteriza a la sociedad colombiana, bien sea a través del reforzamiento de los patrones tradicionales raciales y de género en escenarios de dominación y control armado, o del uso de un lenguaje y el ejercicio de actos racistas en contra de la población negra, afrocolombiana, en contextos de disputa por el dominio territorial de una determinada región, reproduciendo en particular el discurso colonial de hipersexualidad y subordinación frente a las mujeres negras, afrocolombianas. (2015, p. 85)

La intersección entre «raza», clase, género y sexo en los contextos analizados en estos tres trabajos brinda una comprensión compleja y estructural de casos específicos ocurridos en el marco de la guerra en Colombia. Entre otros aspectos, estos trabajos permiten ver cómo los *hombres en armas* no están desprovistos de prejuicios, discursos y prácticas racistas, sexistas y clasistas que se reproducen en la vida cotidiana de los mismos y que, puestos en los escenarios de la guerra, aparecen como parte de los engranajes y que generan desproporciones que se expresan tanto en las cifras de la guerra como en repertorios específicos de la violencia.

Es así como en el capítulo *Resistir no es aguantar. Violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia* de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición –CEV– establece que:

Las mujeres negras son el grupo poblacional con mayor afectación del conflicto armado interno en relación con mujeres de otros pueblos étnicos y de la población mestiza. En términos porcentuales, la

diferencia comprende más del 10 %. Estos resultados son extraídos después de analizar las cifras de violencias contra los pueblos negro, afrocolombiano, raizal y palenquero, y después de desagregar la información por sexo. Según un listado de las afectaciones y hechos ejercidos contra las mujeres negras durante el conflicto armado, con base en los registros del RUV, con fecha de corte en enero de 2022, se encontró el desplazamiento forzado como el principal hecho victimizante (88,9 %); las amenazas (6,6 %); la pérdida de bienes muebles o inmuebles (1,5 %); las violencias sexuales (1 %) y los atentados (0,9 %). Estos cinco hechos victimizantes concentran el 99 % de los registros en el RUV, siendo Nariño, Valle del Cauca, Chocó, Antioquia y Cauca los departamentos donde tales hechos han tenido una mayor ocurrencia (los cinco departamentos integran la región del Pacífico, en la cual existe la mayor concentración de títulos colectivos adjudicados a nivel nacional al pueblo negro). (CEV, 2022b, p. 455)

Así mismo, en el capítulo *Mi cuerpo es la verdad experiencias de mujeres y personas LGBTIQ+ en el conflicto armado* guiada por los testimonios de mujeres negras afrodescendientes en diferentes lugares

El racismo es una estructura de poder histórica que ordena las relaciones sociales, culturales y económicas sobre principios de superioridad e inferioridad, que clasifica y jerarquiza de acuerdo con valoraciones raciales. Así lo refirió Natalia (en su testimonio), una mujer negra de Arjona (Bolívar): «A mi esposo lo asesinaron las Autodefensas Gaitanistas como en el 2014, y después de eso empezaron a venir a la casa y me pedían que les guardara armas. Después dijeron que se iban a quedar y me obligaban a lavar ropa sucia de sangre, y en la noche venían y me obligaban a estar con ellos; no me dejaban salir, ni de día ni de noche. Me tenían como una esclava y me decían: «Maldita negra, tú sirves es para esto». Yo descansé cuando lo pusieron preso.

Sofía, oriunda de Buenaventura, aludió a la presencia de los prejuicios y discriminaciones racistas: Es que nosotras sabemos que, al tener un puerto, a la ciudad llegan personas de fuera del país y ellos traen su prototipo de mujer. Nos han vendido la idea de que la mujer negra es la más caliente, que es buena para el sexo o sirve para la cocina; es la que mejor cocina, es la que mejor hace los oficios en la casa. Entonces nos tienen como cocineras, como amas de casa y como objeto sexual. Pero también sabemos que eso viene desde la colonización, ya lo traen, y nosotras estamos haciendo es resistencia. (CEV, 2022a, p. 55)

Al respecto, se puede afirmar que ningún *hombre en armas* que llega a un territorio a cumplir objetivos militares estratégicos limita su interacción y el uso de violencias exclusivamente a dichos objetivos, especialmente en contextos geopolíticos donde la vida cotidiana se estructura a partir de andamiajes coloniales. Los *hombres en armas* no están desprovistos de prejuicios, discursos y prácticas racistas, sexistas y clasistas, que se reproducen en su vida cotidiana y que, al situarse en escenarios de guerra, emergen como parte de los repertorios de las violencias. Ningún *hombre en armas* que llega a un territorio lo hace exclusivamente para cumplir los objetivos militares estratégicos de su estructura armada; por tanto, no restringe su interacción ni el uso de violencias únicamente a dichos fines.

En la guerra en Colombia se ha regulado la vida, se han definido comportamientos «buenos» y «malos», y se han establecido castigos a partir de criterios construidos que, en algunos casos, responden a las estructuras armadas, pero que en otros dependen de valoraciones particulares de quienes están armados. Esto ha llevado, entre otras cosas, a la realización forzada de pruebas de VIH, al asesinato de mujeres que ejercen la prostitución, a castigos y torturas contra personas no heterosexuales y contra mujeres señaladas de ser «chismosas», al asesinato de mujeres acusadas de «brujería», entre otras prácticas. Además, se han impuesto «cotidianidades» entre les armados y las comunidades. En esa cotidianidad —al igual que en la ejecución de otras acciones violentas— se despliegan repertorios que reproducen estructuras racistas, sexistas y clasistas.

Finalmente, me atrevo a plantear que los trabajos sobre la guerra con enfoques interseccionales, analizados hasta la fecha, han posibilitado lecturas entrecruzadas del racismo, el sexismo y el capitalismo presentes en los repertorios de violencias como el despojo, el desplazamiento, las violencias sexuales, el asesinato, entre otras. Asimismo, han aportado una mirada compleja sobre las afectaciones e impactos de dichas acciones en las vidas del pueblo negro en general y de las mujeres negras en particular, siendo estas, una vez más, el *lugar-cuerpo-comunidad* se condensan todas las formas posibles de violencia.

Ahora bien, poner en diálogo la interseccionalidad con la matriz de opresión puede llevarnos a historizar con pausa las estructuras de poder que sustentan dichas prácticas violentas, a profundizar en las continuidades y rupturas históricas, y a contribuir a la comprensión de las trayectorias de las violencias coloniales situadas en tiempos, experiencias y espacios específicos.

### **3 TERCEROS APUNTES: HACIA UNA PERSPECTIVA ANTICOLONIAL DE LA GUERRA**

Si partimos de la idea de que las guerras se alimentan de relaciones de poder, que son históricas y constitutivas de procesos de diferenciación por «raza», clase, sexo y género que producen jerarquías y clasificaciones sociales y culturales, además de políticas y económicas, una lectura anticolonial de la guerra nos pone de cara a varios retos de los cuales destaco tres. El primero es una comprensión de lo anticolonial como un lugar de lucha, que es histórico y complejo, que implica la comprensión desde la matriz de opresión de sistemas de poder por «raza», clase, sexo y género, que se imbrican y por tanto no son inseparables. El segundo es la pregunta por la larga duración de las violencias. El tercero es la relación consiente con la colonialidad o con las vigencias coloniales.

## Puntadas sobre la larga duración de la historia

Una perspectiva anticolonial de la guerra implica una comprensión de la historia compleja, lo cual requiere inicialmente de márgenes amplios de tiempo y en donde el acontecimiento sea parte, pero no se convierta en el eje a describir. En 1970, Fernand Braudel puso el debate en torno a la importancia, la necesidad y los posibles riesgos de lo que el mismo denominó «historia de larga duración». Sobre el manejo de los tiempos este autor advirtió que: «la historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, desde hace largo tiempo nos ha habituado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento» (1970, p. 64).

La larga duración la asumo como una necesidad. Es la posibilidad de comprender las estructuras fundamentales que sostienen las violencias del tiempo presente y que dan forma a comportamientos, a maneras de ser, y que, por tanto, llenan de contenido los repertorios de las violencias en la vida cotidiana, tanto fuera como dentro de las confrontaciones armadas. Desde una lectura anticolonial histórica y de larga duración, se hace indispensable comprender las estructuras de la violencia que han hecho posible la existencia del racismo, el clasismo y el sexismo, con el fin de eliminarlas.

Por otro lado, una lectura anticolonial de la guerra, y por lo tanto de larga duración, implica una comprensión del pasado y su consustancialidad con el presente, o como diría el historiador haitiano Michael Trouillot (2007), un ejercicio de conciencia histórica, de compromiso con el tiempo que vivimos, un tiempo que trasciende las fronteras entre las nociones de pasado, presente y futuro, trazadas por el pensamiento moderno, blanco y eurocentrado. Asimismo, implica una nueva narrativa de los hechos y acontecimientos históricos, tanto los de corta como los de larga duración, una lectura que reconozca los cambios y las continuidades de procesos históricos que han sido borrados o silenciados en relaciones de poder hegemónicas.

A propósito de esto, Aura Cumes, académica Maya Katchique, en su conferencia: «El mundo de uno: Colonizar para existir y vigencia de las epistemologías milenarias» (2021), interpela al público preguntando: ¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos? ¿Qué hacemos con lo que han hecho de nosotros?

¿Cómo podemos llegar a ser lo que queremos ser? Preguntas como las de Cumes nos instalan en el escenario de la conciencia histórica a través de la cual nos orientamos en el presente y proyectamos nuestro futuro (Rüsen, 2004, 2007).

El tiempo, uno de los conceptos más importantes de la historia, pensado a partir de estas preguntas, se transforma y deja de ser la secuencia lineal y causal de hechos y acontecimientos que, con recurrencia, aparece en narrativas y estudios del pasado, y que poco o nada se acerca a lo que somos en el presente, ni a las responsabilidades y posibilidades que tenemos como agentes activos de una historia sujeta a cambios, es decir, una historia que no es una predeterminación inquebrantable.

### **La colonialidad y las técnicas de la violencia**

En la segunda mitad del siglo XX y en lo transcurrido del siglo XXI han tomado particular importancia los discursos en torno a la colonialidad, un concepto que ha sido entendido por muchas y muchos como la continuidad en el tiempo de prácticas, discursos y simbologías de la violencia colonial impuesta por las monarquías, en nuestro caso, por la corona española a partir del siglo XV (Quijano, 2000; Cumes, 2012; Maldonado, 2007; Mignolo, 2006; Laó-Montes, 2020; Curiel, 2014; Lugones, 2010). La colonialidad se mantiene vigente en el tiempo presente a través de aquellos rasgos impuestos durante la dominación colonial, que mutan pero se recrean y reaparecen mediante acciones que se sustentan en los mismos principios y valores que imponen una relación de opresión casi total.

La colonialidad y la noción de sistema moderno colonial posibilita, entonces, pensar el proceso de expansión de Europa y la relación entre «centro» y «periferia» ya no solo en tanto consolidación del capitalismo, sino, además, como hecho y acontecimiento histórico enmarcado en dinámicas de violentas que definirán la idea de «raza», sexo, género y, por supuesto, de clase y convertirán estas nociones de poder en vectores organizadores de la totalidad de la vida. Asimismo, el análisis de la colonialidad permite revisar las caras ocultas y silenciadas de la violencia que a lo largo de la historia y los modos en los que estas violencias se siguen expresando en el tiempo presente.

En la consolidación de esta relación histórica de poder, la autoproclamación de humanidad, el decreto de salvajismo hacia pueblos y comunidades, principalmente de la costa occidental africana, y sus obligados desplazamientos hacia pueblos originarios en «las Américas», fueron procesos violentos respaldados por razones científicas, filosóficas y morales útiles para la acumulación de capital y para la expansión violenta de la modernidad. Esta, en sí misma, se construye a partir de la universalización de la violencia y de la dominación impuesta a través de hechos históricos como la institución esclavista y la quema de brujas, que comienza en Europa y se expande con la infraestructura colonial a otros lugares del mundo. En su texto *Necropolítica*, Achille Mbembe (2011) señala que:

Todo relato histórico sobre la emergencia del terror moderno debe tener en cuenta la esclavitud, que puede considerarse como una de las primeras manifestaciones de la experimentación biopolítica [...] La condición del esclavo es, por tanto, el resultado de una triple pérdida: pérdida de un «hogar», pérdida de los derechos sobre el cuerpo y pérdida de su estatus político. (p. 31)

Por su parte, Silvia Federici (2010), en su análisis sobre la «caza de brujas», hace evidente cómo este hecho histórico, que coincide con el proceso de «expansión colonial» en las *Américas* y que tuvo su punto máximo en Europa entre 1580 y 1630:

Constituye uno de los acontecimientos más importantes del desarrollo de la sociedad capitalista y de la formación del proletariado moderno [...] El desencadenamiento de una campaña de terror contra las mujeres [...] debilitó la capacidad de resistencia del campesinado [...] La caza de brujas ahondó las divisiones entre mujeres y hombres, inculcó a los hombres el miedo al poder de las mujeres y destruyó un universo de prácticas, creencias y sujetos sociales cuya existencia era incompatible con la disciplina del trabajo capitalista, redefiniendo así los principales elementos de la reproducción social. (p. 223)

De ninguna manera pretendo plantear que estos dos acontecimientos históricos son equivalentes entre sí. Sin embargo, considero que nombrarlos es oportuno no solo porque coinciden en un fragmento de tiempo, también porque en ellos el lugar de las mujeres negras es central para la definición de técnicas específicas de la violencia, en donde la institución colonial funge como un espacio de imposición y universalización de la violencia como método de control y de relacionamiento que aún están presentes. En ese sentido, que hoy en Colombia continúe el desplazamiento y el expolio de pueblos que ya han sido despojados históricamente de sus territorios, las violencias sexuales sobre cuerpos que históricamente han sido contruidos como *violables*, el asesinato de mujeres negras sabedoras señaladas de brujería, el reclutamiento para la guerra de hombres bajo el argumentos racistas tales como que «los hombres negros son más fuertes y resistentes», entre otros, constituye, sin lugar a duda, una permanencia colonial de la que se alimenta la guerra, pero que además da forma a la guerra.

#### **4 ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES A PROPÓSITO DE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA ANTICOLONIAL PARA LOS ESTUDIOS DE LA GUERRA EN COLOMBIA**

El horizonte de sentido aquí presentado conformado por las preguntas, problemáticas, conceptos y de algunos de los debates delineados por la historiografía de la violencia, la teoría crítica de «raza» y etnicidad y por las teorías críticas feministas y desde enfoques interseccionales en Colombia, me resulta imprescindible para avanzar en la propuesta de lo que implica una perspectiva histórica anticolonial de la guerra pensada esta como un lugar, un posicionamiento comprometido con la superación de la misma, lo cual nos invita a adoptar miradas más profundas de *lo que somos y hemos sido* también en términos sociales y culturales.

Sin embargo, tal tarea no es sencilla, ya que demanda entender los modos en los que el racismo, el clasismo y las estructuras sexistas y hetero-patriarcales se han contruido y se expresan en un país como Colombia, desde una

perspectiva de larga duración y contextualizada en tiempos y territorios específicos. Por ejemplo, en mi caso he estado interesada en entender el «racismo paisa» que implica una lectura cuidadosa de los modos en los que se construye la idea de *lo paisa*<sup>25</sup> en Colombia<sup>26</sup>; cómo operan los discursos de eugenesia y blanqueamiento; cómo se construye una superioridad racial y moral desde las élites antioqueñas; y cómo se despliega y se expande con la guerra esta forma de comprensión y relacionamiento por diferentes territorios del país.

Asimismo, en un estudio de la guerra en Colombia, desde una propuesta historiográfica anticolonial, no basta con incluir a *las mujeres* o en este caso *al pueblo negro* como representación enunciativa de las víctimas o de un problema a entender. Se trata de desanudar el pasado para, desde allí, formular análisis sobre las estructuras coloniales y su permanencia en el tiempo. Entonces, incorporar al análisis de la guerra la noción de colonialidad es una necesidad

---

25. En Colombia son conocidos como «paisas» las personas nacidas en el departamento de Antioquia. En el Pacífico colombiano cuando se habla de «los paisas» se hace referencia no solo a las personas de este departamento sino además a todos aquellos «foráneos» que no son ni negros, ni afrodescendientes ni indígenas. Aunque la noción «paisa» pareciera ser un simple gentilicio, en realidad se trata de una categoría construida en relaciones de poder en donde el criollismo blanco antioqueño se la jugó por construir una identidad de superioridad racial, moral y económica que tenía como objetivo lograr un relato de identidad sobre sí, superior a los otros —en el orden de la nación—. Lo paisa como construcción histórica genera identificación con el mundo blanco español y rechaza, excluye y violenta todo lo que no se le parezca. Esta noción toma forma en las políticas de blanqueamiento y eugenesia del siglo XIX colombiano. La relación política colonial entre Antioquia y el Chocó puede ayudar a entender este problema, pero incluso, más allá de las fronteras, he considerado necesario entender el mundo afroandino en Antioquia en su relación ontológica, compleja y atravesada por lógicas de violencia racista con lo paisa y no dentro del mismo. Las personas afroandinias no deberíamos considerarnos paisas, ya que esta es una profunda contradicción, no obstante, el problema es mucho más complejo y aún debemos comprenderlo a profundidad.

26. El problema que aquí enunció a modo de ejemplo constituye el proyecto de investigación doctoral que me encuentro desarrollando, y que, utilizando técnicas de la historia como la revisión de archivos, pretendo llevar a cabo un rastreo minucioso para entender los modos en los que se construye el «racismo paisa» y los efectos que puede tener. Este diálogo se realizará a través de un proyecto de educación histórica en escuelas de secundaria de Medellín, específicamente en torno a las reflexiones que las y los estudiantes pueden generar sobre las violencias racistas, clasistas y de género, y sobre lo que dichas violencias han generado en la guerra.

si queremos una historia comprometida tanto con la narración rigurosa como con los procesos de reparación histórica y con las memorias colectivas.

La historia anticolonial es, por antonomasia, un compromiso que implica que el tiempo del pasado deje de ser lejano, frío e incluso incomprensible y que lleguemos a asumirlo como parte de nuestro tiempo, donde acudimos a la exacerbación de violencias que alimentan la guerra y aportan a su persistencia. En este sentido, el racismo, el sexismo y el clasismo que aparecen como chiste, como comentario suelto, o como *violencia cultural* o cotidiana, han sido también motor de la guerra y no solo expresiones coyunturales de violencia. En suma, seguir restringiendo la historia a hechos puntuales y a lecturas estáticas que carecen de movilidad histórica es una trampa colonial.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ALVES, A., MORENO, V. & RAMOS, B. (mayo de 2014). Notas preliminares para un análisis interseccional de la violencia en el Distrito de Aguablanca (Cali-Colombia). *Documento de trabajo CIES - Serie Estudios Afrodiaspóricos*, (5). Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF), Centro de Estudios Interdisciplinarios Jurídicos, Sociales y Humanistas (CIES), Universidad Icesi. <https://bit.ly/43fOqWh>
2. ARBOLEDA, S. (2019). Rutas para perfilar el ecogenoetnicidio afrocolombiano: hacia una conceptualización desde la justicia histórica. *Nómadas*, (50), 93-109. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n50a6>
3. ASOCIACIÓN DE AFROCOLOMBIANOS DESPLAZADOS (AFRODES) & CONSULTORÍA PARA LOS DERECHOS HUMANOS Y EL DESPLAZAMIENTO (CODHES). (2015). *Informe a la Corte constitucional sobre la situación de las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado en Colombia*. (Seguimiento a la Sentencia T-025 de 2004). <https://bit.ly/3nZr3QP>

4. ASOCIACIÓN DE MUJERES AFRODESCENDIENTES DEL NORTE DEL CAUCA (ASOM), WOMEN'S LINK. (2019). *Voces valientes*. Informe entregado a la Comisión de la Verdad. <https://bit.ly/3mi8PcD>
5. BELLO, M. N. (2001). *Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades*. Ministerio de Educación Nacional.
6. BHABHA, H. K. (2007). *El lugar de la cultura*. Ediciones Manantial.
7. BLAIR, E. & LONDOÑO M. (2003). Experiencias de guerra desde la voz de las Mujeres. *Nómadas*, (19), 106-115.
8. BRAUDEL, F. (1970). *La Historia y Las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial.
9. CABEZAS, L., MORENO, F., MEJÍA, J. & PERDOMO, Y., (2021). *Racismo, patriarado y conflicto armado. Informe a la Comisión para el esclarecimiento de la verdad, la Convivencia y la No repetición*. Centro de Estudios Afrodiaspóricos Universidad Icesi (CEAF). <https://bit.ly/3zKrLDX>
10. CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (CNMH). (2015). *Buenaventura: Un puerto sin comunidad*. Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://bit.ly/3mkeVcB>
11. CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (CNMH). (2017). *La guerra inscrita en el cuerpo. Informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado*. Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://bit.ly/2IqOLyo>
12. CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (CNMH). (2018). *Bloque Calima de las Auc. Depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano*. Informe No. 2. Serie: Informe sobre el origen y actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones. <https://bit.ly/3KKCepr>
13. CÉSAIRE, A. (2006). *Discursos sobre el colonialismo*. Ediciones Akal.
14. COLLINS, P. (1990). Black feminist thought in the matrix of domination. In *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment* (pp. 221-238). Unwin Hyman.

15. COMBAHEE RIVER COLLECTIVE. (1977). *A Black Feminist Statement* (pp. 210-218). <https://bit.ly/3KH64el>
16. COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL). (2020). Informe de la xiv conferencia regional sobre la mujer de América Latina y el Caribe. <https://bit.ly/3ZWQLmd>
17. COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD, LA CONVIVENCIA Y LA NO REPETICIÓN (CEV). (2021). *Entrega del informe «Racismo, patriarcado y conflicto armado»* [Archivo de video]. YouTube. <https://bit.ly/3nOPgsQ>
18. COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD, LA CONVIVENCIA Y LA NO REPETICIÓN (CEV). (2022a). *Mi cuerpo es la verdad. experiencias de mujeres y personas LGBTIQ+ en el conflicto armado*. Hay futuro si hay verdad - Informe Final. <https://bit.ly/410unKc>
19. COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD, LA CONVIVENCIA Y LA NO REPETICIÓN (CEV). (2022b). *Resistir no es aguantar. Violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia*. Hay futuro si hay verdad - Informe Final. <https://bit.ly/3ULZIUU>
20. COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS (CIDH). (marzo de 2008). *Audios de las audiencias de los 1270-1310-1330-137, períodos de sesiones*. <https://bit.ly/3mhJFLp>
21. CRENSHAW, K. (2012). Cartografiando los márgenes. Políticas identitarias y violencia contra mujeres de color. En R. L. Platero (Ed.), *Intersecciones: Cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (pp. 87-122). Ediciones Bellaterra. (Trabajo original publicado en 1991).
22. CUMES, A. (2012) Mujeres indígenas, patriarcado y colonialismo: Un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio. *Anuario Hojas de Warmi*, (17). <https://bit.ly/3KIqrrF>

23. CURIEL, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En I. Mendia, M. Luxán, M. Legarreta, G. Guzmán, I. Zirion & Jokin Azpiazu (Eds.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 45-60). Universidad del País Vasco.
24. DAVIS, A. (1981). Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves. *The Black Scholar*, 12(6), 2-15.
25. DE ZUBIRÍA, S. (2015). Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano. En Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 194-247). <https://bit.ly/3zJfaB1>
26. DÍAZ-BONILLA, P. (2020). The Continuum of Sociopolitical Violence as Gender Necropolitics in Colombia. *Nómadas*, (53), 195-211.
27. ESPINOSA, M. (2007). Ese indiscreto asunto de la violencia. Modernidad, colonialidad y genocidio en Colombia. En S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 267-287). Siglo del Hombre Editores.
28. FAJARDO, D. (2015). *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y efectos más profundos en la sociedad colombiana*. Espacio Crítico.
29. FALQUET, J. (2011). *Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización*. Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Universidad Nacional de Colombia.
30. FANÓN, F. (2018). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1961).
31. FEDERICI, S. (2010). *Calibán y la Bruja: mujeres, cuerpo y acumulación Originaria*. Historia 9, Traficantes de Sueños.

32. GAITÁN, F. (1995). Una indagación sobre las causas de la violencia en Colombia. En M. Deas & F. Gaitán (Comp.), *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (pp. 89-404). Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (FONADE), Departamento Nacional de Planeación.
33. GIRALDO, J. (2015). *Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia. Su persistencia y sus impactos*. Espacio Crítico.
34. GONZÁLEZ, F. (1997). *Para leer la política. Ensayos de historia política de Colombia*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).
35. GONZÁLEZ, F., BOLÍVAR, I. & VÁSQUEZ, T. (2003). *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).
36. GONZALEZ, L. (1983). Racismo e sexismo na cultura brasileira. En *Movimentos sociais urbanos, minorias étnicas e outros estudos*, (pp. 223-244). Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS).
37. GUZMÁN, G., FALS-BORDA, O. & UMAÑA-LUNA, E. (1962). *La Violencia en Colombia. Estudio de un Proceso Social*. Ediciones Tercer Mundo. Facultad de Sociología de la Universidad Nacional.
38. GRUESO, L. (2007). Escenarios de colonialismo y (de) colonialidad en la construcción del Ser Negro. Apuntes sobre las relaciones de género en comunidades negras del Pacífico colombiano. *Comentario Internacional. Comentario Internacional. Revista del Centro Andino de Estudios Internacionales*, (7), 145-156.

39. GRUESO, L. (2012.) La comunidad negra colombiana como resultado de procesos de re-existencia en contextos históricos de dominación-subordinación y conflicto. En M. J. Becerra, D. Buffa, H. Noufourí & M. Ayala (Eds.), *Las poblaciones afrodescendientes de América Latina y el Caribe. Paso, presente y perspectivas desde el siglo XXI*, (pp. 107-133). Carrera de Estudios Afroamericanos, Instituto y la Maestría en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Programa de Estudios Africanos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Programa de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, CIECS (CONICET-UNC), la Cátedra UNESCO sobre Diversidad Cultural.
40. GRUPO DE MEMORIA HISTÓRICA. (2011). *Mujeres y guerra: víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*. Informe del Grupo de Memoria Histórica, de la Comisión Nacional de reparación y reconciliación. Grupo de Memoria Histórica, Ediciones Semana, Editora Altea, Taurus, Alfaguara.
41. GRUPO DE MEMORIA HISTÓRICA. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Informe general. Grupo de Memoria Histórica. Imprenta Nacional. <https://bit.ly/3Gue8g8>
42. HERNÁNDEZ-REYES, C. E. (2019). Black Women's Struggles against Extractivism, Land Dispossession, and Marginalization in Colombia. *Latin American Perspectives*, 46(2), 217-234. <https://doi.org/10.1177/0094582X19828758>.
43. LAÓ-MONTES, A. (2020). *Contrapunteos Diaspóricos: cartografías políticas de nuestra Afroamérica*. Universidad Externado.
44. LONDOÑO, A. (2021). Una lectura feminista anticolonial. Mirar a través del caleidoscopio, leernos, escucharnos y caminar El Proyecto de Lo Común. En Red de Migración, Género y Desarrollo. Quilombo Afrofeminista Anticolonial, *Diaspóricas: Ensayos y saberes desde otros feminismos* (pp. 63-74). Distintas. Autoediciones Éticas.

45. LOZANO LERMA, B. R. (2016). Violencias contra las mujeres negras: Neo conquista y neo colonización de territorios y cuerpos en la región del pacífico colombiano. *La Manzana de la Discordia*, 11(1), 7-17. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v11i1.1630>
46. LOZANO LERMA, B. R. (2019). *Aportes a un feminismo negro decolonial. Insurgencias epistémicas de mujeres negras-afrocolombianas*. Abya Yala.
47. LUGONES, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73-102.
48. LUGONES, M. (2010). Hacia un feminismo decolonial. *La Manzana de la Discordia*, 6(2), 105-119. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v6i2.1504>
49. MALDONADO, N (2007) Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-167). Siglo del Hombre Editores – Universidad Central – Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos – Pontificia Universidad Javeriana – Instituto Pensar.
50. MARCIALES, C. (2015). Violencia sexual en el conflicto armado colombiano: racismo estructural y violencia basada en género. *VIA IURIS*, (19), 69-90.
51. MARULANDA, E. (1995). Mujeres y violencia, años 50. En M. Velásquez (Comp.), *Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo I: Mujeres, historia y política*. Editorial Norma.
52. MBEMBE, A. (2011). *Necropolítica. Sobre el gobierno privado indirecto*. Editorial Melusina [sic].
53. MBEMBE, A. (2016). *Crítica de la razón negra: ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Ned Ediciones.
54. MEERTENS, D. (1995). Mujer y violencia en los conflictos rurales. *Análisis Político*, (24), 36-50.

55. MINISTERIO DEL INTERIOR. (s.f.). Dirección de Asuntos para Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras. <https://bit.ly/3zM4XnA>
56. MIGNOLO, W (2006). El desprendimiento: pensamiento crítico y giro descolonial. En N. Maldonado & F. Schiwy, *(Des)Colonialidad del ser y del saber. (Videos indígenas y los límites coloniales de la Izquierda) en Bolivia*. Ediciones Signo and Globalization and the Humanities Project (Duke University).
57. MOLANO, A. (2015). *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010)*. Espacio Crítico.
58. MOSQUERA ROSERO-LABBÉ, C. (2007). Lecturas críticas de los talleres de salud sexual y reproductiva y de fortalecimiento cultural desarrollados con mujeres negras desterradas por el conflicto armado en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, (27), 122-137.
59. MOSQUERA ROSERO-LABBÉ, C. (2016). *Construcción de saberes de acción interventivos con población negra desplazada en Colombia 2005-2008* [Tesis Doctoral, Université LAVAL].
60. MÚNERA, A. (1998). El Ilustrado Francisco José de Caldas y la creación de una imagen de la nación. *Cuadernos de Literatura*, 4(7-8), 36-48.
61. OQUIST, P. (1978). *Violencia, política y conflicto en Colombia*. Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca del Banco Popular.
62. OLAYA, Y. (2016). La racialización del despojo: territorios y migración forzada de pueblos afrodescendientes en el Pacífico colombiano. *Revista GeoNordeste*, (2), 35-48.
63. OTRAS NEGRAS Y FEMINISTAS. (11 de julio de 2016). *Relatoría general del Foro Internacional sobre Femicidios en Grupos Étnicos Racializados: Asesinato de Mujeres y Acumulación Global*. Foro Internacional sobre Femicidios en Grupos Étnicos-Racializados. Buenaventura, Colombia, abril 25-28 de 2016. <https://bit.ly/41dtr4B>

64. PÉCAUT, D. (2015). Una lucha armada al servicio del statu quo social y político. En Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), *Contribución al entendimiento del conflicto armado colombiano* (pp. 599-651). <https://bit.ly/41bK1lx>
65. PIENSA PRENSA. [@PIENSAPRENSA]. (28 de febrero de 2022). *En la frontera se han quedado bastantes niños, más de 400 (...) no son niños que estamos acostumbrados a ver sufrir en televisión, sino, niños con los ojos azules, eso es muy importante*. Twitter. <https://bit.ly/3mncm9J>
66. PROCESO DE COMUNIDADES NEGRAS (PCN). (2012.) *Derrotar la invisibilidad. Un reto para las mujeres afrodescendientes en Colombia. El panorama de la violencia y la violación de los Derechos Humanos contra las mujeres afrodescendientes en Colombia, en el marco de los derechos colectivos*. <https://bit.ly/3UoJc6P>
67. PROCESO DE COMUNIDADES NEGRAS (PCN). (2019.) *Combatiendo a las mujeres negras como si fueran un enemigo bélico. La violencia de género en mujeres negras del Norte del Cauca, Tumaco, Buenaventura, Atlántico, Bolívar y Guajira*. <https://bit.ly/3GvEVIK>
68. PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO. (PNUD). (2003). *El Conflicto, callejón con salida: informe nacional de desarrollo humano para Colombia*. <https://bit.ly/3mf7HXt>
69. QUIJANO, A. (2000) Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales perspectivas latinoamericanas* (pp. 122-151). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
70. RED DE MARIPOSAS DE ALAS NUEVAS. (s.f.). *Comadrear la pérdida* [Archivo de audio]. En Legado Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. <https://bit.ly/3mstoTI>
71. RED DE MUJERES DEL CARIBE COLOMBIANO (2017). *I Coloquio Feminismos Emancipatorios y II Encuentro Polifónico Mujeres y Paz Región Caribe*. Espacio virtual de la Red de Mujeres del Caribe Colombiano. <https://bit.ly/43hGP9P>

72. RED FEMINISTA ANTIMILITARISTA. (2015). *Violencia Neoliberal Feminicida en Medellín 2015. Perspectivas políticas del feminismo popular ante el neoliberalismo*. <https://bit.ly/3MyqJCG>
73. REGISTRO ÚNICO DE VÍCTIMAS DE COLOMBIA. (Consultado marzo de 2022). *Víctimas del conflicto armado en Colombia*. Unidad para las víctimas. <https://bit.ly/2J54z7w>
74. RODRÍGUEZ LEAL, A. M. (2003). *¿Es la declaración del menor, víctima de un delito sexual, prueba suficiente de responsabilidad contra el investigado?* [Tesis de Pregrado, Universidad de los Andes]. Repositorio Uniandes. <https://bit.ly/3zKKQWU>
75. ROLDÁN, M. (2003). *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia. 1946-1953*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Fundación para la promoción de la Ciencia y la Tecnología.
76. RUTA PACÍFICA DE LAS MUJERES. (2013). *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. <https://bit.ly/3zJDwdT>
77. RÜSEN, J. (2004). Historical consciousness: Narrative structure, moral function, and ontogenetic development. In P. Seixas (Ed.), *Theorizing historical consciousness* (pp. 63-85). University of Toronto Press.
78. RÜSEN, J. (2007). How to make sense of the past—salient issues of meta-history. *The Journal of Transdisciplinary Research in Southern Africa*, 3(1), 169-221.
79. SAID, E. (1990). *Orientalismo*. Editorial al Qibla.
80. SÁNCHEZ, G. (1990). Guerra y política en la sociedad colombiana. *Análisis Político*, (11), 7-27. <https://bit.ly/3ZUYjpt>
81. TROUILLOT, M.R. (2007). El poder en el relato. *Arqueología suramericana*, 3(2), 162-183.
82. URIBE, M. T. (2004). Las Palabras de la guerra. *Estudios Políticos*, (25), 11-34. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.1397>

83. VALDERRAMA, C. (2019). Espacios geográficos construidos para el destierro. *Revista cs*, (27), 173-177. <https://doi.org/10.18046/recs.i27.3362>
84. VEGA, R. (2015). *Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado*. Ocean Sur.
85. VERGARA-FIGUEROA, A. (2014). Cuerpos y territorios vaciados ¿en qué consiste el paradigma de la diferencia? ¿cómo pensamos la diferencia? *Revista cs*, (13), 338-360. <https://doi.org/10.18046/recs.i13.1830>
86. VIÁFARA-LÓPEZ, C. (2017). *Discriminación racial y pobreza en Colombia*. Documento de trabajo CIDSE, (169). Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.
87. VIVEROS VIGOYA, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>
88. WILLS, M. E. (2007). *Inclusión sin representación: la irrupción política de las mujeres en Colombia (1970-2000)*. Editorial Norma.
89. WILLS, M. E. (2015). *Los tres nudos de la guerra colombiana. Un campesinado sin representación política, una polarización social en el marco de una institucionalidad fracturada, y unas articulaciones perversas entre regiones y centro*. Universidad de Antioquia. Centro de Memoria Histórica. <https://bit.ly/3MuakiP>
90. WHITE, N. (21 de marzo de 2022). Ucrania: surgen denuncias de racismo por parte de la comunidad negra que intenta huir de la zona de guerra. *INDEPENDENT En Español*. <https://bit.ly/41bVv8t>

### **Alejandra Londoño Bustamante**

Historiadora, magíster en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia y estudiante de tercer año del doctorado en Derechos Humanos, Retos Sociales y Políticos de la Universidad Deusto en Bilbao. Entre sus principales preocupaciones académicas y políticas se encuentran las implicaciones de la reconstrucción de la historia de la guerra en Colombia, específicamente en lo relacionado con las violencias de larga duración racistas y sexistas, así como sus impactos en las violencias del tiempo presente, y la educación histórica sobre pasados violentos de larga duración. Asimismo, ha escrito artículos académicos que aportan al desarrollo de propuestas analíticas para la reconstrucción de la historia desde una perspectiva feminista anticolonial, mediante un enfoque investigativo que integra los sistemas hegemónicos de clase, raza, género, sexo y sexualidad. Ha sido docente en temas relacionados con las teorías feministas y la teoría crítica de la raza en la Universidad Nacional de Colombia.

Si le interesa comunicarse con la persona que escribió este capítulo, puede escribir a: [alejandra.lonb@gmail.com](mailto:alejandra.lonb@gmail.com)